

El crimen de la calle de Aramberri

Eusebio de la Cueva



El crimen de la calle de Arramberri

El crimen de la calle de Arramberri

Eusebio de la Cueva



Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García
Secretaria General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: editorial.uanl@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 1933
Segunda edición, 2016

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Herederos de Eusebio de la Cueva

Reservados todos los derechos conforme a la ley. Pro-
hibida la reproducción total y parcial de este texto sin
previa autorización por escrito del editor.

ISBN

Impreso y hecho en Monterrey, México
Printed and made in Monterrey, Mexico

Nota introductoria

El crimen de la calle de Aramberri, de Eusebio de la Cueva, es uno de los textos clásicos de la literatura regiomontana. Entre ficción y crónica periodística, la novela fue escrita y publicada en mayo de 1933, a sólo un mes de haberse cometido el crimen que la inspira. Eusebio de la Cueva, escritor y periodista, se une a la conmoción de la sociedad regiomontana de aquel tiempo, y ante el horror de los asesinatos de la señora Antonia Lozano y su hija Florinda Montemayor, perpetrados el cinco de abril de 1933, ve la oportunidad que le da la práctica de su oficio y escribe su versión de los hechos, con referencias de primera mano. El resultado es esta novela negra breve en donde el autor trata de darle un sentido al crimen, explicar los motivos de los asesinos, y al mismo tiempo, muestra a los personajes determinados desde el principio por un hálito de tragedia. También

aprovecha para elaborar una estampa de la época, sobre todo de las clases trabajadoras. El primer cuadro de la ciudad aparece como el centro de la vida y de la muerte en un Monterrey que hasta el día del crimen se jactaba de tener todo en orden.

Para la Editorial Universitaria es de gran importancia rescatar estos textos que marcaron un momento de nuestra historia y de nuestra literatura. Eusebio de la Cueva, además, fue un hombre cercano a nuestra Universidad, como miembro del Comité Organizador de la Universidad de Nuevo León y como director del Colegio Civil. *El crimen de la calle de Aramberri* fue un hito en su época y hoy en día es un documento pertinente no sólo por estar basado en hechos reales, sino porque registra el momento en que dio un vuelco nuestra sociedad.

I

En las primeras horas de la tarde del miércoles cinco de este mes de abril, impregnado de resonancias edificantes de primavera, regresaba con lento andar, cumplidas las diarias tareas impuestas por un trabajo de años, al refugio acogedor y noble del hogar, un hombre con más de medio siglo sobre las débiles espaldas.

Ni el rigor de los años, ni la monotonía de las pruebas constantes del esfuerzo aplicado al trabajo tenaz, ni las claudicaciones lentas que obedecen a la ley destructora del tiempo, aminoraban la voluntad sólidamente enderezada al cumplimiento de los deberes porque, nuestro hombre, a pesar de multitud de humanas decepciones experimentadas en su vivir hasta entonces, tenía, como saldo de asperezas y desilusiones, la alegría de una esposa honesta, compañera dulce de sus trances amargos, y la bendición de una hija amantísima.

Con tardo andar seguía caminando rumbo a su casa, marcada con el número 1026 por el rumbo oriente de la calle de Aramberri, el bueno de don Delfino que por instantes aceleraba el paso y, a poco, persistía en su lentitud, como si a un mismo tiempo o por intervalos mínimos, el aguijón de un presentimiento alternara sus mandatos contradictorios, imponiéndole prisas al par que treguas que, dentro de la incertidumbre que lo embargaba, no sabía a ciencia cierta si obedecer o desoír.

Hacía años, muchos, tantos como llevaba prestando sus servicios en la Fundición de Peñoles que, día a día sin alteraciones jamás, siempre a la misma hora, su hacendosa mujer le enviaba por la hora de mediodía los alimentos caseros que reparaban cumplidamente los quebrantos del cuerpo.

No recordaba él que en otras épocas sin previo aviso en virtud de alguna ausencia temporal o por enfermedades olvidadas en los últimos años de bienestar, se hubiera dejado de cumplir el sencillo ritual del pan nuestro de cada día.

Y el caso era que este miércoles, sin la menor idea del motivo o la causa, se había roto súbitamente la costumbre. Durante el paréntesis de tiempo que estatuyen los hábitos para que el trabajador tome su condumio, esperó inútilmente. Creyó de pronto en un retraso explicable. Pasó el paréntesis lógico de espera. Se inició primero la desconformidad, después la inquietud, a poco el temor y, en seguida, se le pobló la imaginación de sospechas y conjeturas de todos géneros.

No por otra cosa caminaba al par con el ansia y la medrosidad de llegar.

Un frágil sentimiento optimista de la vida y una bondadosa confianza de sosiego en su natural honesto lo hacían repudiar resueltamente todo impreciso amago de amarguras o de sazones, en tanto que, imperativos punzadores de la subconsciencia, estimulaban los sentidos ocultos de los presentimientos que eran como voces heráldicas de anormalidades desventuradas.

Por eso tan pronto aceleraba el paso como ceñía su andar a un ritmo más lento.

Llegó al fin a su casa.

Alzábase ésta ante sus ojos como la tardía realización de sueños lejanos de un hogar propio. En ella cristalizó la compensación de sudores y afañes. Con ella creyó lograr seguro asilo para sus cariños mejores y para su ancianidad.

Se detuvo ante la puerta para tomar aliento, de que lo tenía falto la fatiga nerviosa derivada de sus cavilaciones. Luchando entre la duda y la ansiedad llamó medrosamente, con titubeos extraños, sin que la mano de siempre le abriera esta vez. Insistió sin que la entrada quedara franca y experimentó entonces la seguridad de que algo extraordinario había acontecido.

Echó mano entonces al llavín que llevaba en uno de sus bolsillos y cuando cedió la puerta y tuvo ante sus ojos el pasillo de su finca y miró sobre el piso una prenda que reconoció como de doña Antonia, su mujer, y poco más allá, sobre el mismo suelo, la dentadura postiza de su mujer, le vino de improviso, al modo de una oleada trágica, el tufo acre de sangre como un brusco aviso de la fatalidad.

A las sombras que un anticipo de evidencia criminal hizo ondular delante de sus ojos, como au-

gurio de vértigo, se sumaron las sombras de lo interior, porque todas las puertas estaban herméticamente cerradas como quedaron desde temprana hora de la mañana.

¿Qué pasaba? ¿Qué había sucedido? ¿Qué visiones aterradoras iban a alzarse apenas traspasando el dintel de la puerta que daba acceso a la habitación inmediata?

Era ésta la sala. Allí parecía al pronto encontrarse todo en orden, salvo detalles que sólo para el ojo observador acusarían el paso inquieto y rápido de los protagonistas de la tragedia exhibiendo sus perfiles exactos y sus lineamientos inequívocamente monstruosos en las otras habitaciones.

Atento el viejo únicamente a hurgar en seguida en la alcoba de su mujer y de su hija, antes de penetrar a ella, no vio, en un ángulo de la sala, un armario abierto, mudo delator de incógnitas de reciente delito, porque atrajo sus miradas, con imán misterioso, la supuesta mirada fija y ansiosa en la cara de su hija, de espaldas sobre el lecho. Creyó que había dejado caer la cabeza por el borde izquierdo de su cama, para verlo amablemente perezosa, acercarse, y hasta creyó el recién llegado que le sonreía y entreabría los labios para decirle: “Papá...”

Pero de aquellos labios hacía muchas horas que había escapado el hálito de la vida.

Con esa implacable obstinación con que la vida se resiste a convencerse de la muerte enseñoreada de un cuerpo amado, lo que explica esos estrujamientos de los cadáveres y esos llamamientos inútiles de la desesperación, que preceden al convencimiento angustioso de las realidades de la

Muerte, don Delfino cogió entre sus manos, temblorosas y torpes, la cabeza fría de su hija y tembló como un azogado al ver que ésta se le quedaba, desprendida del tronco entre sus manos.

Y como aquella dama del cuento de Bocaccio que al recibir en copa de oro el corazón de su amante sacrificado se llevó la roja víscera al pecho, oprimiéndola con pasión, este infortunado padre, obedeciendo a los impulsos mecánicos del sentimiento, con un dolor reconcentrado y sordo, apretó contra su corazón la cabeza de aquella virgen sacrificada por el crimen.

En el ángulo opuesto de la habitación, en el otro lecho, estaba, degollada como su hija, la madre, la mujer de don Delfino, desfigurado el rostro, el cabello en revuelto desorden, los ojos como desorbitados, con una fijeza inexpresiva en el vacío indiferente, salpicada de sangre...

El pobre hombre sintió que todo su organismo flaqueaba, sin atreverse a llegar hasta donde estaba su mujer, abandonada la cabeza de su hija en suave inclinación sobre la almohada, paseó una mirada de exaltado extravío por la habitación enloquecedora, vio un ropero abierto y, con la tapa en alto, el viejo baúl donde guardaba sus ahorros consistentes en cerca de cuatro millares de pesos.

Sentía como si el piso se hundiera bajo sus pies, escapándose a sus plantas, como si se alzara golpeándolo en el pecho y la frente, como si el techo se desplomara sobre su cabeza.

Sintió odio, terror: quería gritar y había una sensación como de garra que lo ahogaba. Ráfagas luminosas y sombrías avivaban y oscurecían su mirada. Se hizo como un silencio en su cerebro.

Anonadado por el golpe despiadado y atroz no supo que pensar ni qué hacer.

Como un autómeta, como un sonámbulo, se salió de la casa y echó a andar por la calle....

II

La ciudad seguía todavía hasta esa hora su vida diaria y regular. El conocimiento de la tragedia horripilante no perturbaba aún los ánimos de los habitantes. Nuestro hombre iba otra vez por la calle, poseído ahora de todos los azuceos enervantes de una enconada fatalidad. Las visiones sangrientas de sus seres amados, perdidos de golpe para siempre, se habían clavado con fijeza punzante en su cerebro.

¿Adónde iría?

Ya se le había ocurrido encaminarse hacia una de las oficinas públicas donde prestaba servicios su hermano Conrado.

Pero, ¿qué iba a decirle?

Tan no lo sabía de modo exacto, como si se sintiera en brazos de una pesadilla, como víctima de un desequilibrio anímico y mental, que, al hallarse frente a su hermano, que apenas lo vio y com-

prendió que algo extraño y anormal le sucedía, no acertaba a decir palabra.

Únicamente lo cogió del brazo, estirándolo en ademán de llevarlo con él y diciéndole, en tanto que se pasaba una mano por la garganta en ademán de degollación:

—...Allá, aquellas gentes, así...

Y volvía a repetir el movimiento de corte de cuello con su mano afilada y temblorosa.

—No te entiendo, ¿qué te pasa? —insistió su hermano.

—Vamos; allá en la casa, las dos.

Ya sin hablar salieron ambos rumbo a la mansión del drama.

El hermano de don Delfino no tardó en darse por sus propios ojos cuenta precisa de la magnitud de la tragedia. Y don Delfino fue entonces cuando logró tener el primer desahogo de las lágrimas. Comenzó a llorar desesperadamente, balbuceando frases de profundo dolor, renegando ante la ruina de los suyos y de su hogar. Y cayó de rodillas sobre el cuerpo inanimado de su infeliz mujer y se abrazaba alternativamente a ella y a su hija, y besaba sus rostros fríos y llamaba a ambas a voces, esperando que se incorporaran ante él, aunque fuera un instante, con la gracia y dulzura de la vida que les habían arrebatado.

Era evidente que se trataba de un crimen. Don Conrado se apresuró a dar aviso a las autoridades. Se trasladó a poco al lugar de los hechos el personal del Juzgado Primero de lo Penal y algunos elementos de la policía, practicándose las primeras diligencias de la ley.

El atribulado don Delfino declaró que a las seis de la mañana de ese día, había salido de su casa y,

como de ordinario a su trabajo despidiéndose en la puerta de su mujer sin que al marcharse tuviera sospecha de nada ni de nadie ni llamara su atención detalle alguno extraño.

La cerradura de la puerta de la calle no ofrecía huellas de forzamiento; en las ropas, dispersas por allí no había manchas de sangre; ésta, únicamente, fresca aún, enrojecía el suelo, bajo las camas en que yacían las víctimas, acumulada allí por efecto de filtración. El baúl de que fue extraído el dinero seguía abierto. Ropas sobre algunas sillas. Un trapo que se tomó acaso como especie de improvisado antifaz de malhechor atado sobre el rodapié de una de las camas. En la pieza contigua, vertido sobre el suelo, el contenido de un saco de cemento. El saco había desaparecido utilizado seguramente para llevarse en él los dineros substraídos.

La observación y búsqueda persistente que, como maniobra inicial, se llevaba a efecto no daba el menor resultado eficaz que pudiera proporcionar algún indicio aprovechable como pista y que arrojase luz sobre el tenebroso crimen.

Ante la opinión que pudiera merecer todo esto al desafortunado esposo y padre surgían interrogaciones que obtenían esta respuesta:

—No he podido pensar un instante: tengo sobre mí multitud de recuerdos; todo lo que me rodea me martiriza.

—¿Alguna sospecha?

—De pronto, así, de nada, de nadie. Ved —agregó— dentro estaban esta colcha y esta cobija —y extendía la mano hacia el baúl en el ángulo izquierdo de la habitación—; para apoderarse del dinero

las sacaron dejándolas fuera. No hay en ellas una mancha de sangre. Ese ropero lo dejaron abierto: hay dentro ropa de mi mujer y de mi hija. Eso también fue removido y no hay huellas de sangre. Todo esto quiere decir que hubo muchas manos, unas ejecutando los execrables crímenes y otras robando.

Comenzaba a poder razonar; volvía por grados su lucidez de facultades: entraba lentamente en el terreno escabroso de la dolorosa realidad y agregó:

—Nuestras modestas alhajas están todas completas; no falta una sola; las he examinado. Quiere esto decir que hubo tiempo de meditar, de organizar, de obrar libremente, optando por no llevarse lo que pudiera ser después una indudable delación.

—¿Por dónde cree usted que entraron los criminales?

—No sé; desde luego, alguno, el que no se manchó con sangre, por la puerta. ¿Quién pudo ser? ¿Quiénes pudieron ser? No sé. Es esto tan monstruoso que es terrible arrojar la sombra de una sospecha sobre nadie.

Y las víctimas fueron recogidas del lugar de los hechos y llevadas, por los servicios de costumbre, al hospital para la práctica de las autopsias.

El infortunado viejo, juguete de las fuerzas ciegas, de cuyos juegos trágicos nadie está exento, se quedó allí, rodeado de familiares y de amigos que habían comenzado a acudir a su lado, apenas sabedores del suceso sangriento. Se quedó otra vez agobiado, convencido de que empezaba para él una nueva época, una era de quebrantamientos progresivos de la voluntad, de entenebrecimien-

tos cada vez más angustiadores. Entró de nuevo en su mutismo agrio, en su silencio hosco, reflejando en su faz las alteraciones insistentes de su ser herido en cuyos más recónditos repliegues se removía el dolor.

III

Como fuego en campo de espigas se extendió la noticia por toda la población. Los ánimos estaban preparados para llegar al límite de todo sobrecoimiento. Faltaban unas cuantas gotas del jugo consternador de los sobresaltos para que el ánfora de la paciencia y de la sufrida resignación se desbordara.

La excitación cundió con rapidez inusitada. La indignación subía de punto y alcanzaba sus expresiones extremas en formas múltiples.

Frases diversísimas volaban de boca en boca. Se hablaba del núcleo mínimo e insuficiente de la policía de la ciudad; se colgaban atributos de lenidad a las autoridades; se hacía hincapié en pecados lamentables de supuesta indiferencia; se decía de cuadrillas de malhechores científicamente organizadas que habían venido de otras regiones a sentar sus reales acá; se mencionaban este y el

otro garito y el de más allá donde, con pretextos de rendir culto a Birján, se urdían maniobras criminales; se insistía en el porcentaje lastimoso de tabernas y casas equívocas, de placeres equívocos, que resultaban receptáculos fáciles y cómodos de toda suerte de viciosos.

La noche del crimen de la calle de Aramberri fue noche de desvelos y de insomnios, de charlas y paliques pródigos en interés de aportaciones informativas y de comentarios a granel. Los corrillos de gente de toda laya, grandes y pequeños, hombres y mujeres, potentados y pobres, se encontraban en todo sitio y por todos los rumbos.

La consternación, de pronto impuesta por los trágicos sucesos recientes, de hacía unas cuantas horas, había llegado a su expansión suprema merced a la continuidad descorazonante con que los crímenes se sucedían con intervalos brevísimos.

Se sabían de memoria los hechos sangrientos de la hacienda próxima a Villaldama. Los asesinatos bestiales de la Norma. Las monstruosidades a inmediaciones de Marín. Las matanzas impías de una serie de infelices en el poblado de García y en los suburbios. Y ¿cuántos más? La serie era de proporción aterradora.

Ahora, con ocasión del último crimen, agravado ante las imaginaciones por la circunstancia de registrarse dentro de la misma ciudad, en pleno riñón de su organismo, espontáneamente se uniformaba el criterio de la población en todas sus características: terror, reprobación, ansiedad de la aplicación de las medidas más enérgicas. Todas las voces eran como una sola. Había unanimidad cálida en todos los niveles y planos de la colectividad.

Este crimen no debía quedar en la sombra. Los monstruosos culpables deberían ser identificados. El castigo era necesario que constituyera una excepción ejemplar.

Todo mundo se preguntaba:

—¿Qué indicios hay?

—¿Existe alguna pista?

—¿Dejaron alguna huella los criminales?

El instinto popular pluralizaba porque aun tratándose de que las víctimas eran dos indefensas mujeres ya se conocía el monto del robo y se afirmaba que era todo íntegro en metálico y suponía la intervención de varios.

—¿Don Delfino duda o sospecha de alguien?

—Puesto que a nadie se le abría la puerta en ausencia del amo, y menos a tan temprana hora, ¿se tratará de amigos de intimidad o familiares?

¡Nada! La afirmación categórica que desconcertaba sublevando las conciencias de todos era la de no tenerse ni una idea, ni un vestigio... ¡Nada!

Y a medida que la noche adelantaba sus pasos silenciosos por el camino del tiempo, como si el sueño se hubiera ausentado de los más, rompiendo los hábitos, quebrantando de improviso las costumbres, seguían por allí los corrillos en calles y paseos públicos, en tabernas y fondas, al borde de los embanquetados, en el recogimiento de los hogares.

La noticia se había extendido rápidamente por toda la ciudad refugiándose en todas las imaginaciones y sembrando sus semillas de inquietud en todos los ánimos. Era elemental suponer que por allí, por donde todos andaban, sobre el seno de la ciudad misma, confundiéndose, codeándose con

los demás, opinando a la mejor, andaban los criminales desalmados.

¿En qué casas, por cuáles calles y en qué barrios estarían en esos momentos conviviendo, sin exteriorizar su monstruosidad, con muchos otros semejantes ingenuos y confiados?

El crimen de Tovar, de El manso y El negro que en la curva de “El Cuerno” del camino a Toluca asesinaron con lujo de furia y crueldad a tres indefensos indígenas allá por el año de 1922; el crimen de la calle Bismarckstrasse, en Colonia, ejecutado por un italiano que había estado antes en Génova, Bruselas y Viena perpetrando asesinatos de mujeres dedicadas a la servidumbre, con el fácil gancho de un habilidoso *flirt*; el mismo de Romero Carrasco, acabando con la vida del tío Basurto y la mujer y las fámulas no lograron seguramente levantar la ola de protesta, el vendaval de indignación aludido, y menos, mucho menos, el terror que esparcía sus brumas de encogimiento y sobresalto.

Este último fenómeno se observó, con esa diversidad de matices que se agitan en las multiformes esferas del universo nervioso, cuando Madrid amaneció, un día de mayo de 1913, con la misteriosa desaparición de don Rodrigo García Jalón, hasta que un botones del Círculo de Bellas Artes, siguiendo a una mujer, María Luisa, hizo caer a la policía sobre el célebre capitán Sánchez, con cuya ejecución renació la tranquilidad. Igual en Nueva York, hasta la hora en que Horner, el sádico victimario de chiquillas, que deja recuerdos de pesadilla en las inmediaciones del Bronx Park y en el campamento de las Gaylord White Girls, cayó he-

rido en manos de la autoridad después de poner en movimiento, junto a los elementos policiales, la acción de trescientos cadetes de West Point y otros tantos de la Escuela Naval.

La ciudad cobraba la noche del sombrío miércoles cinco la faz de la angustia. En su rostro se marcaban indistintamente, como en la cara de un potente organismo, las tonalidades del terror, de la cólera, de la indignación.

No se sabía una palabra: un velo de misterio arropaba el crimen y, por la ciudad, entremezclándose, oyendo, asechando, recreándose a la mejor morbosamente en el sensacionalismo de los hechos, los criminales se movían a su antojo, libremente.

IV

A la mañana siguiente la multitud curiosa, con insano afán de emociones, acudió a la casa del crimen. La primera información había aparecido con un laconismo escalofriante. Se hubiera querido saber y la convicción de la ignorancia inmediata inevitable contrariaba. ¿Cuánto habría que esperar? Nadie lo sabía. Pero despertadas entre tanto las dormidas potencias morbosas, la expectación inicial de la multitud iba a satisfacerse con el espectáculo de las víctimas inocentes, tras de una noche de velorio, una vez traídas del anfiteatro del hospital, descansando en el sueño de la muerte en la sala de la casa del crimen, con los lacrimosos cirios en torno, dentro de una atmósfera de pesadez, de estrujamiento de los nervios, de llanto comprimido o libre y de dolor impregnado en los acres aromas de las flores.

Por las calles adyacentes desembocan sin cesar

grupos compactos de curiosos que penetraban a la casa, mudos y estupefactos lo más, y que salían a poco y se iban apostando, indistintamente, al acaso, por aquí y por allá, en el patio, en la acera exterior, en plena calle, esperando que los cuerpos inertes fueran sacados para siempre del hogar y que el cortejo fúnebre iniciara su lenta marcha hacia el panteón.

A las repetidas y constantes expresiones de condolencia que escuchaba don Delfino de boca de familiares y amigos, que estrechábanle la mano o abrazábanlo, respondía este, con voz débil, apagada, enronquecida por el sufrimiento:

—¡Qué desgracia, qué infamia! ¡Las dos; me hubieran dejado alguna; qué crueldad...!

El pobre hombre no lograba estar quieto. Se movía de un lado para otro nerviosamente. Sentía no bastarse para sí, mucho menos para los demás. Respondía maquinalmente como obedeciendo siempre a los dictados inexpresivos de una obsesión.

Entre las gentes enlutadas que andaban por allí, abriéndose paso delicadamente, llegó hasta don Delfino una señora de rostro fino y severo, de aire de sufrida nobleza, con los ojos húmedos por las lágrimas, abrazándolo y diciéndole:

—No sabes el golpe que ha sido para nosotros. Qué sorpresa tan atroz. Haciendo todo a un lado le dije a Fernando, mi hijo, que me trajera acá, para estar contigo en tan terrible trance.

—¿Y Fernando...? —preguntó Don Delfino.

—Se quedó afuera; es tan muchacho; no se ha atrevido a entrar.

Quien así hablaba era una buenísima mujer, viuda de don Librado, hermano de don Delfino,

muerto hace cerca de diez años, hombre que fue en vida de prendas morales de las mejores, varón digno por todos sus antecedentes de trabajador infatigable, de amigo, de hermano, de esposo, de padre.

Fernando había dejado a su mamá en la puerta y él, con la vista medrosa, vacilante, había dado algunos pasos hacia la esquina donde se había detenido, estacionándose allí. La mirada de sus claros ojos grandes, fija en el suelo, alzabase de vez en vez como con indolencia. Los leves y suaves surcos que marcaban en mitad de su frente, tersa y limpia, una a modo de flor de lis minúscula, insinuaban su ceño enérgico, acusador de espíritu reconcentrado y de un temple recio, a pesar de los pocos años que mal alcanzaban dos décadas vividas. La expresión de sus ojos tenía todas las virtudes de interpretación anímica, era suave en la ternura, persuasiva en la súplica, extática en la reconcentración y como flagelante en el reto o en el coraje.

Estaba esta vez en la esquina de la casa del duelo con la mirada vaga de la pereza y con los matices sombríos de una honda preocupación indefinible.

Su madre le había dicho un momento antes al separarse:

—Acompañas el cortejo al panteón y de regreso te vienes por mí para volvernos a Zuazua.

Desde allá, lugar de residencia habitual, había hecho en poco más de una hora, la marcha rápida, congojosa, para traer una migaja de consuelo.

Grupos de gentes de todas clases seguían moviéndose, entrenzándose, en una variable y movediza geometría arbitraria, oyéndose toda clase de exclamaciones y de frases que formaban un susurro monótono.

No llevaba mucho de estar allí Fernando, como enclavado, cuando oyó que alguien, pasando cerca de él le dijo:

—Sígueme, Güero.

Volvió el rostro y reconoció como el de la voz a un individuo alto, delgado, en mangas de camisa, con pantalón claro a rayas.

Se fue tras él y poco más allá emparejaron el paso deteniéndose más delante.

—¿Qué hay...? —preguntó el que lo había llamado.

Fernando lo midió de pies a cabeza con la mirada suya, dura y enérgica, encogiendo los labios entreabiertos y adelantando la quijada inferior.

—¿Qué hay...? Como si no lo supieras desde ayer. ¿Esperabas baile? ¿Qué hay...? Esto no era lo convenido...

—Bueno ¿y ora...?

—Ora ¿qué? A cumplir lo pactado y el que se raje se lo lleva la... Pero no era esto. Emeterio, a mí me tantearon lo mismo que a Heliodoro, de a tiro nos vieron la p... tú y el otro *jijo* de...

Entonces, el otro, viendo hacia todos lados, con ojos de atisbo, exclamó:

—Cálmate, Güero, no es hora de andar con líos; tenemos tiempo de hablar, deja que pase todo esto. ¿Ya fue el entierro?

—No, pero ya no tarda.

Emeterio siguió de frente, con paso apresurado, y el muchacho regresó al sitio en que antes estaba cabizbajo, cavilando, y salió de sus cavilaciones al percibir cómo el murmullo próximo de la multitud se intensificaba. Se apresuró, llegó a la esquina y vio que sacaban por la puerta del 1026 los féretros

conteniendo los cuerpos de su pobre tía Antonia y de su prima Florinda. Oyó sollozos y voces quejumbrosas y gritos destemplados, agrios. A poco comenzaron a rodar los carros y se fue formando el acompañamiento, el cortejo silencioso. Dejó avanzar lentamente el grueso de dolientes y, paso a paso, a distancia, siguió él detrás.

Ya en el panteón, cuando miró a su tío en justo raptó desesperado, proferir frases incoherentes, impregnadas de desesperación, llamando a su mujer y a su hija por sus nombres, en tanto que familiares suyos lo retiraban suavemente, conteniéndolo, pretendiendo calmarlo, estuvo tentado, al sentir que era sangre de la suya misma la que hervía de ira y de pesar, sangre de la misma de su padre muerto, de la que en esos momentos corría por sus venas y daba calor de vida a sus organismo joven, estuvo tentado de lanzarse a él, de caer de rodillas y gritarle:

—Yo soy cuando menos tan desdichado; se ha jugado con mi inexperiencia ambiciosa, se me mezcló en un juego que no pensé jamás que fuera esto y resulto criminal por imbécil, no por naturaleza ni por conciencia.

Pero ya estaba en la pendiente: su destino se había torcido, deplorablemente, rumbo al abismo. Había jurado silencio y, como era hombre, antes que hablar él hablarían las piedras.

V

Apenas abandonada la carretera que va a Laredo, tomando a la derecha por el camino real que conduce a la villa de Zuazua, en el alto de la primera cuesta se dejó ver, a distancia, de modo borroso por la escasa luz del sol velado de ese día, el case-río lejano del pueblo.

En marcha rápida, a pesar del sinuoso camino, quebrado a trechos por zanjas, desnivelado en partes, con sus altos y bajos como el camino de la vida, pronto quedó al margen izquierdo la Loma Cortada de la Santa Cruz, y dejando atrás, en breve lapso de tiempo, el declive de la curva, con su camposanto a la derecha, regresó Fernando a su aldea nativa, viéndole ahora, al callejón de acceso al poblado, a las primeras casuchas y jacales diseminados, a los terrenos cultivados y protegidos por cercas de enramada unas, de alambre otras, a la plaza, a la parroquia, al conjunto todo, una tonali-

dad extraña, un tinte gris desconocido, marcando pronunciado contraste las indefinidas sensaciones de ahora con las que antaño, no mucho tiempo atrás, cuando rapaz, le produjeron el ánimo.

Era que el paisaje habitual se poseía para él ahora de ropajes en consonancia con su espíritu atormentado por tantas impresiones recientes, encontradas y absurdas, y por el lastre de la responsabilidad.

Dejó en casa a su mamá; oyó, mudo, interrogatorios ávidos y respuestas que a medida satisfacían curiosidades.

Se marchó en seguida a casa de Po-po-Nacho, en cuyo modestísimo domicilio vivía, por ser donde continuaba residiendo Elena, su mujer, hija de aquel, que mencionamos con el remoquete con que se le conoce, merced a su lengua mocha o deficiencia de pronunciación.

Apenas llegó le salió al encuentro ella, con el hijo de tres meses en brazos, mientras allá, en un camastro rezongaba Po-po-nacho que persistía, como desde que comenzó el lío pasional, en no hacer buenas migas con el muchacho, receloso y desconfiado de él, cuya voluntad adversa olvidaba sólo cuando se fijaba, con dulzura tardía, en el chiquitín inocente que a veces movía los bracitos como queriendo volar y otras sacudía su cabecita de ángel.

—¿Qué hay?—preguntó ella.

—¿Qué quieres que haya?

—¿No vienes de allá?

—Sí, ¿y qué?

Cogió al niño entre sus brazos, lo alzó en alto, estrujándolo suave y juguetonamente, lo besó varias veces.

—No te lo mereces —rezongó el viejo.

Fernando le lanzó una mirada de relámpago, nuncio de tormenta; se contuvo, haciendo un mohín de desdén y exclamó:

—Lo que no merezco es la vida infeliz que llevo; maldita la hora en que revolqué como un marrano con ésta para venir a caer en la ruina.

Pero apenas dijo esto, sometido a una reacción momentánea, echó el brazo a su mujer y volvió a acariciar a su hijo.

En rápido desfile debieron pasar por su imaginación las visiones de los días, las noches, cuando rondaba la vivienda donde ahora se hallaba, ansioso de verse con ella; los primeros encuentros y pláticas; los progresivos entendimientos, las caricias y los besos que acabaron por conducirlos al acoplamiento. Había todo ese encanto de brusca emoción rústica, de simplicidad primitiva, de acosos desprovistos de todo freno impuesto por prejuicios de casta, de educación recíproca, de presuntuoso análisis psicológico de conveniencia o de riesgo.

Recordó cómo al conocerse la relación de ambos, cuando la naturaleza se constituyó en delatora espontánea, se le había abierto proceso que terminó con su promesa de unión legal.

Como desde entonces a Po-po-nacho se le fue la lengua muchos codos lejos y hubo blandronadas y bravuconerías, y como los familiares del muchacho, por devoción a las tradiciones lógicas, no quedaron satisfechos con el resultado, el distanciamiento seguía acentuado, entre suegro y yerno, y los rezongos de uno y las franquezas del otro avivaban la hoguera con frecuente y nutrido combustible.

Ahora veía que todo lo había ido llevando en perpetuo declive, siempre hacia abajo, en vez de irse desarrollando en ascensos progresivos, en razón directa con su juventud.

Habíase ido dentro, echándose unos pesos al bolsillo, y de regreso de esta metálica habilitación, se encontró con su primo Heliodoro que llegaba en su busca.

Ambos saliéronse a la calle.

—¿No tardas? —preguntó la mujer.

—No.

Heliodoro era un muchachote poco mayor que Fernando, de frente alta, despejada y ancha, de tez cobriza, de cabello quebrado, de ceño duro, ceja poblada, párpados gruesos y granuloso bajo los que se escondían, un poco hundidos, dos ojillos pequeños, de mirada aguda y oblicua. Su nariz era ancha y un tanto pronunciada; sus labios gruesos y un poco enjuto el rostro por el hundimiento de las mejillas.

Huérfano de madre, célibe, vivía al lado de su padre, don Bernardo, modesto agricultor, trabajador infatigable y hombre de costumbres severas y patriarcales, con sus hermanos y una hermanita, amable y hacendosa, que les hacía casa, como única mujer del hogar, desde que tuvo edad para echarse encima el peso del servicio.

Heliodoro y Fernando echaron a andar sin rumbo, poco importaba por dónde fueran, a condición de encontrarse aislados, a solas, para hablar de sus líos.

Fernando se explayó. A pesar de ser de pocas palabras, monosilábico, el cúmulo de circunstancias diversísimas que concurrían ahora en su vivir

incipiente, lo empujaban a ensayar relatos, a entrar hasta en el terreno del detalle, al comentario y al análisis instintivo, a la verbosidad.

Después de que lo hubo oído le advirtió Heliodoro con la voz suya débil y atiplada.

—Mi hermana me lo decía; nunca le gustaron para nosotros esos amigos y menos el Emeterio tan *vozalón* y arrebatado, con esas cosas de *lucas* y mujereo y esos negocios de que nunca hablaba claro y sus golpes pa' cierto día.

El padre de Heliodoro salía muy temprano, mañana a mañana, a horcajadas en su viejo caballo, seguido de sus hijos, rumbo a la labor a ocuparse allí, bajo el rigor del sol, sin segura esperanza, sobre la aspereza de la tierra cálida, de las tareas afanosas de que se derivaba el modesto sustento. El único de sus hijos que muy de vez en vez lo acompañaba, siempre a regañadientes, porque no le gustaba ni ese trabajo ni esa vida, era Heliodoro.

—¿Qué quieres hacer? ¿A dónde vas? Esto es lo tuyo, esto es lo nuestro. Sienta cabeza que buena falta te hace y déjate de andar por allí, isabe Dios en qué pasos!, con gentes que nada bueno te traerán.

Pero a Heliodoro le estiraban otros caminos, le gustaba la camaradería de otras gentes, estaba arrebatado ya por el imán de la inquietud y turbulencia, de jácara y de juerga, de peligro y de abismo. Los dos muchachos se detuvieron por ahí, sentándose con las espaldas adosadas a la pared de una casa caída, guardando por momentos silencio, embargados por sus pensamientos, y por momentos reanudando la plática mutua.

—¿En tu casa huelen algo? —preguntó Fernando.

Heliodoro volvió bruscamente la cabeza y dijo:

—Qué bruto; qué van a olerse éy en la tuya?

—Igual; además me paro poco allí, si lo supieran me colgaban de los... pelos. ¡Qué barbaridad con mamá que es puro corazón, tan querendona y tan estricta con los muchachos que ya tú ves...!

Por allí cerca se oía el golpe de un azadón, el rodar lejano de las ruedas pesadas de una carreta, más distante aún, agudo, un claxon y el ladrido persistente de unos perros.

—¿Tu dinero? —inquirió Fernando.

—Al pie del árbol, no lo he tocado todavía ¿Tú...?

El interpelado metió mano al bolsillo y sacó dos pesos.

—¿Para qué te los echaste?

—Pa'nada: pa'traer... Quiero comprarme unas cosas y no me he atrevido; después lo haré... No sé lo que tú pienses pero esta morralla no es como la otra.

—¿Cuál...?

—La del ganado que se roba uno, la de la carne que vende aquél, la de las pieles, la carne seca, la... Esta morralla es de otra carne, de ésta —y se golpeaba el pecho con la mano cerrada—. Aquí hay que fajarse muy a lo macho aunque por dentro se retuerza uno como los meros...

Buena diferencia había de una carne a la otra; de una sangre a la otra. Aludían a las frecuentes andanzas por potreros y ranchos y agostaderos circunvecinos. Eran ellos y otros y no pocos más los que venían, de muchos meses antes, dedicándose, a ciencia y paciencia de los mismos perjudicados,

por temor a que las cosas llegaran a peores, a este género pintoresco y accidentado de vida. Vendedores de carnes y vendedores de pieles, escasos de escrúpulos, obtenían por verdaderas gangas unas y otras y era así como podían explicarse sus rápidos mejoramientos económicos. Y los rancheiros y ganaderos de la región mal de su grado observaban las mermas de sus animales con forzada conformidad seguramente para que la morralla de los productos no fuera a asociarse con la carne o con la sangre de ellos o de sus familiares.

Por los rumbos a que nos referimos se habían encontrado dos norias en cuyos fondos acumulábanse osambres de animales sacrificados en las cercanías a favor de las sombras de la noche o por las claras horas de los amaneceres.

Y Fernando agregó:

—Este dinero sale muy caro; qué dólares ni que lunas pálidas; junto a estos pesos el dólar vale pura...

En esos instantes estaban muy lejos de imaginar hasta qué extremo, el de sus propias vidas, vendrían a valorizarse aquellos pesos substraídos la mañana del crimen.

El sol comenzaba a caer, se perdía por allá, por el rumbo lejano de la ciudad sobrecogida y atormentada, por donde la tragedia había movido sus alas pavorosas. La villa de Zuazua se iba sumergiendo lentamente como una aldeanilla ingenua, en el sopor enervante del atardecer. Los últimos cabellos de oro de la luz se desprendían de las cumbres de las montañas remotas. Una línea como de sangre subrayaba el horizonte.

VI

Ocho o nueve días antes del crimen vemos moverse junto a los dos muchachos que conocemos ya, guiando un automóvil, al Ciego Ulloa, con sus ojos miopes, temblorosos e inquisitivos, detrás de los grandes cristales, con su cabello revuelto, en mechones sudorosos, moviéndose inquietos sobre su cabeza merced el capricho impulsor del viento de la tarde.

Pero hay además con ellos dos figuras siniestras, la una fornida y gordinflona, Gabriel, y la otra, delgada, movediza, inquieta, con inestabilidades nerviosas, elástica, la de Emeterio.

Alargan a veces el cuello para dominar mejor la extensión dilatada, por caminos escondidos entre el mogotal, por el corazón mismo de los agostaderos.

El vehículo se columpia, en suaves y bruscos vaivenes por el sinuoso camino y se oye el ruido

de ramas y el azote de lianas retorcidas sobre la lona del capaceté, compitiendo con el golpe de ruedas contra restos de troncos, pedruzcos y raíces sarmentosas.

Van acercándose al rancho de los López, ubicado por la margen derecha del río Salado y cuyas viviendas se alzan en una pequeña planicie, en un tramo mondo del terreno.

La tarde ha caído y comienza el anochecer mientras llega, sin ruido, haciendo alto a corta distancia del caserío minúsculo, el auto que guía, con hábil y diestra mano, el Ciego Ulloa.

Fernando y Heliodoro descienden y se aproximan a la finca del dueño del rancho, don Matilde, quien al ser requerido por extraños que llegan, se levanta de la silla de tule en que descansa y se arrima a la puerta.

—Digan...—exclama.

—¿Don Matilde...?

—Yo soy.

—¡Ah! Queríamos saber si tiene novillos y marranos de venta.

—Novillos, no; marranos tengo tres por ahora no más.

Uno de los recién llegados dijo:

—Nosotros queríamos cantidad.

Entonces repuso don Matilde:

—Ahora, como dije, no tengo, pero si interesan de veras por lotes regulares pueden ver a don Alberto que tiene muchas reses; él puede hacerles una buena venta, sólo que no me parece esta hora muy propia para que lo encuentren o lo vean.

A don León, cuñado de don Matilde, que andaba por allá dentro, no le gustó lo que alcanzó a

oír del breve diálogo y acercándose a los intrusos y encarándose con ellos dijo:

—¿Quién diablos los despachó acá? Ya sé que andan con gente que no trae nada bueno.

Se volvió maliciosamente a su cuñado y agregó:

—Estos traen gato encerrado, buscan algo...

Como para entonces se acercaran algunos amigos del propietario de la finca y Juan, Félix y Antonio, sobrinos suyos, y como las voces de don León llegaran hasta donde estaban los del automóvil, Emeterio se desprendió de allá y sin acercarse, desde cierta distancia, gritó a Fernando y Heliodoro:

—Vámonos, dice el chofer que no hay gasolina; volveremos mañana.

Una vez en el carro todos, como reconociendo el lugar, en plan de observancia, practicaron una ronda a la finca, débilmente alumbrada, bajo las sombras densas de la noche y, haciendo un largo rodeo, abandonaron el lugar.

Emeterio sacudiendo el brazo a Fernando le dijo:

—Vales una pura y celestial... como *gancho*; cómo *jijos* no le insististe al viejo y te lo llevas donde lo estábamos esperando pa' que dijera allí si tenía o no tenía.

—Pos no viste cómo se puso la cosa —protestó el interpelado.

—Nada —advirtió Gabriel— ya ésta se frustró; no todas van a salir como se planean: a veces anda uno con el santo de espaldas, como si hubiera comido burro, y luego el Ciego coyón éste que empezó a zurrarse...

Para Gabriel y Emeterio la cosa no llegaba a constituir una aflicción seria. Se habían echa-

do malas. Ese asunto quedaba de plano descartado. Ninguno de sus tres lugartenientes sabían de modo exacto lo tramado entre ellos dos, como definitivo. Los muchachos y el Ciego les servían atolondrados y con la ambiciosa esperanza de lucros equívocos pero ciertos, porque ¡claro!, Dios o el diablo no les habían dado más que dos manos, sólo dos brazos, y hacían falta elementos mecánicos. El fracaso último no valía la pena, quizás había sido mejor porque todo ese día las cosas les resultaron en contra; no era buen día para el *trabajo*, eso acababa de quedar comprobado. Pero poco les importaba si se atendía a los demás golpes que andaban urdiendo.

Cuando esa misma noche se quedaron todos en Zuazua, de regreso de la expedición estéril, después de dispersarse y de irse cada quien por el lado que quiso, para abrir un paréntesis de holgura, Gabriel y Emeterio convenidos con el Ciego para regresarse a la ciudad a la madrugada del día siguiente, tras ingerir el licor de algunas copas y después de un rato de chorcha regocijada, palabrera y matizada de anécdotas, *tallas*, carcajadas, se fueron solos.

—Traite listo el *cuete* —dijo Gabriel.

—¿Qué? ¿Tenemos carne?

—Ojalá, pero no; sino que... ya sabes; tenemos muchos adoloridos; no está de sobra andar preparados.

—Nomás me diste el alegrón —reprochó Emeterio.

Entre los turbios antecedentes de Gabriel estaba la muerte de un hijo del médico del pueblo, además se le tenía por sospechoso de complici-

dad en viejos agravios no olvidados y como ya le habían parado por ahí los pies y había rehuido encuentros, y su conciencia lo cercaba a menudo con bruscos avisos nerviosos, había que andarse *chango*.

No eran pocos los que sabían que la noche anterior a la muerte del hijo del doctor, Emeterio, entre zonzo y alegre, había dicho:

—Mañana tenemos carne en Zuazua.

Desde entonces venía siendo inalterable la amistad de Gabriel y Emeterio. Eran el Cástor y Pólux del crimen. Eran el Aquiles y el Patroclo de la ignominia.

La cuadrilla de ladrones de ganado, cuadrilla asoladora y pródiga en actividades, tenía llenas de terror, con sus incursiones románticas, las rancherías limítrofes y distantes.

Antes de caer en la hacienda de los López, a darle su ración de susto a don Matilde, en el Hui-zache, en la Gaviota, en el Mezquite, en Camaján, en las Pitas y en muchísimas otras ejecutaron sus tropelías.

—Oye —dijo Emeterio— yo no me voy a dormir con la tonta aquella.

—Espérate, vamos a hablar. Tienes que mandar al éter a las viejas cuando tratemos del negocio.

—Es que siempre que la tengo cerca me marea el olfato y como ésta se deja que le pegue como una paloma yo descanso cada vez que le doy su aporeada.

Emeterio tenía definidos ya los enfermizos instintos sádicos. Se supo de aspectos diversos de sus desviaciones mentales en los terrenos de la sexualidad que se manifestaban a menudo por

formas de manía exhibicionista. Recordaban sus actos al infeliz alienado que hace algunos años aprehendió al policía de México en una de las excursiones que practicaba desnudo, dentro de un coche cerrado, ofreciéndose así, en canalla espectáculo, a las niñas que, en grupos y parvadas bullentes de inocencia y de ingenuidad, salían de una escuela de la Ribera de San Cosme. Tenía la obsesión negruzca de fatales aberraciones que se manifestaban excitando su fondo perverso ante una diversidad de detalles externos.

Había llegado al grado en que necesitaba estar-se nutriendo de maldad, de delito, de acción turbulenta y de perversidad para conseguir el equilibrio criminal de su espíritu encanallado. Infeliz naturaleza del hombre-bestia que sólo así alcanzaba instantes de descanso.

Y Gabriel era su aliado, su guía, su cómplice, su confidente, su amigo.

—No te vayas —repitió Gabriel— dime antes del *asunto* que traes.

Emeterio entonces se acercó más a él y con acento de misteriosa confianza, en voz queda, murmuró:

—Don Delfino, de los Montemayor, por la calle de Aramberri, tiene cuatro o cinco talegas en la castaña; se quedan solas las mujeres, golpe seguro, él se va a las seis y no vuelve.

A Gabriel le brillaron los ojos, movedizos y oblicuos.

Emeterio siguió:

—Es cosa hecha; ni quien chille, nadie que vea, pura plata, cierras los ojos y en diez minutos todo listo...

—Allí no nos abren la puerta; todo se trata por la ventana ¡si lo sabré yo!

—Bueno, yo ya te digo; el plan tú sabes; para eso no tienes gallo. Piénsalo, pero bien, es cosa fina...

—Oye, allí están los muchachos —recordó de pronto.

—¿Quiénes?

—Heliodoro y el Güero.

—No, ¿cómo?; son de los mismos.

—Depende... esto no ha de ser aquí, los llevamos allá y en la ciudad yo les hablo, yo sé cómo les pinto la cosa y caen, ya verás. Y oye, ni una palabra, ¿sabes?

—Por supuesto.

—Déjame la cosa a mí.

Así se trazaron, en el manto de tinieblas de la noche, con el temblor de la emoción del crimen, las primeras palabras de la sentencia de muerte de una madre y una hija que quizás, a la misma hora, por efectos de causas incógnitas, experimentaban fenómenos nerviosos, indefinibles como voces mudas en sus destinos que acababan de torcerse con rumbo a la fatalidad.

VII

El sábado, comienzo de abril, iniciación del mes de la tragedia horripilante, Emeterio logró que los muchachos Montemayor, con pretexto de índole fútil y por mor dizque de correrla por acá, vinieran a la antigua Santa Lucía, cuyos cimientos ayudó a echar, hace más de trescientos años, un varón esforzado, mitad santo, mitad héroe, que llevaba a través del tiempo, sin deslustrarse en lo más mínimo, el patronímico de ellos.

Traían ya su idea, imperfecta pero inconfundible en lo que era su esencia, de lo que pretendían tratarles y proponerles.

Se fueron por allá por una cantinucha del rumbo del puente que lleva al antiguo San Luisito. Cerca del tráfago constante y abigarrado de ambulantes de toda hora. Entre el ambiente característico de mercadería barata y arrabalera. Confundidos entre el griterío de pregón de minucias y de

baratijas. Entre el vaho cálido de las emanaciones de los aglomeramientos.

Hicieron su consumo y alcanzaron la sospechosa botana de la hora de mediodía.

—Hay que esperar a que venga Gabriel —había dicho Emeterio.

—¿Dónde anda?

—Con el Ciego.

A poco se salieron los tres y cogieron por la calle de Hidalgo, rumbo al Oriente. No habían andado dos cuadras cuando llegaron, asomando por una de las bocacalles, los que esperaban.

—Súbanse —ordenó Gabriel sin bajarse del carro en que venía.

Llegaron a comer a una fonducha del rumbo de la Estación. Cogieron sitio en torno a una mesa larga en el ángulo derecho del extremo de la pieza. Un tufillo penetrante de fritangas y mixturas arbitrarias llegaba de la cocina inmediata. Con las precauciones inherentes a la situación, retrasando a veces las frases, dando tiempo al llevar y traer de platos, con las astutas miradas vigilantes atentos a todo movimiento, comenzaron la plática.

—Bueno, a lo macho, a lo pelón, tenemos un golpe seguro, de cuatro o cinco taletas. Tú sabes dónde, Güero; tú también, Heliodoro.

Los dos aludidos se miraron, como diciéndose cada uno “sólo que tú, yo no”, y en seguida respondieron:

—Yo no sé nada.

—Yo tampoco.

Entonces se apresuró Emeterio a explicar:

—Lo que se dice que sepan dónde, no; pero sí que conocen la casa y a los que vamos a *pelar*...

La curiosidad entró de golpe en ellos. ¿Qué clase de maniobras se habrían proyectado? ¿Qué género de acción les iban a proponer?

Era la ocasión, el primer paso estaba dado, el salto sobre la primera sorpresa igual, y Gabriel extendió su juego, por lo menos las más de sus cartas, ante los atónitos oyentes.

Primero mencionó el nombre de don Delfino y, al oírlo, los dos muchachos alzaronse, en movimiento de asombro, bruscamente, de sus sillas, como movidos a la verticalidad por una impulsión espontánea e instintiva.

—¡Épale! —exclamó Emeterio— no se muevan; no hay que despertar sospechas, aguántense como los hombres. Dejen que expliquen; que *pi-dermis*...

Y Gabriel siguió enseñando el juego:

El pasillo, la sala, después la recámara, a la izquierda de la puerta que comunica sala y recámara, el baúl, dentro el dinero. Salida de don Delfino, a las seis menos quince. Las puertas todas cerradas; dentro únicamente madre e hija. Sacarse a la calle, nada, nomás dinero; nada de alhajas, nada de prendas...

Todos oían mudos. Gabriel le guiñó el ojo a Emeterio y siguió:

—Nada de sangre: yo no mato a nadie, menos mujeres; por ese lado, fuera escrúpulos —y movía los ojos, ágiles en la observación, esperando leer en los rostros los rápidos signos de las ideas.

—Pos me la han puesto dura, como si nomás el tío Delfino tuviera dinero.

—A ver si cierras el hocico, no puedes hablar más que a gritos, baja la voz con una...

—Ésa no sale —comenzó a decir Heliodoro—, no cuaja la cosa así. Allí nos conocen a todos y entonces sí se arma.

—Eso es lo grave —agregó Ulloa— y van a necesitar acogotarlas y la cosa ya cambia.

Emeterio se echó casi sobre la mesa y en voz baja, pero ronca, como un soplo satánico, clavando indistintamente la mirada aguda de sus ojos en todos, dijo:

—Aquí no se raja nadie; esta vez nos la jugamos, pero como los hombres, si al cabo nos ha de llevar un día la triste...

Fernando había oído las observaciones de Ulloa y de Heliodoro, que además se había estado representando la escena, en la que veía danzar las figuras familiares, que renovó en un instante emociones dormidas que despertaron con nuevo hálito vital, que tenía ansia descomedida y torpe de oro, de pronta adquisición de éste, exponiendo lo que fuera, orillándose a multitud de trances rudos, envolviéndose en circunstancias difíciles, peligrosas, pero que no era para matar, que ni quería pensar en ello, ni en hacerlo, ni en que lo hicieran, se saturó en esa sólida energía de que era dueño, reconcentró en sus pupilas toda aquella reciedumbre de espíritu y exclamó:

—No vamos a matar a nadie y menos a ellos, esto ya se acabó, al menos para mí, yo no voy a eso, ni hago falta...

Gabriel volvió a guiñar el ojo hacia el lado en que estaba Emeterio.

—Mira, Güero, tú tienes razón, está claro. De eso ni quien diga. Por eso comencé por allí; no

soy asesino y menos de mujeres... no te consiento dudas, sé a lo que vamos y cómo.

—Pero si nos conocen, ¿cómo se va a evitar si no queremos ir como palomas a la cárcel o que nos despachen al pozo?

—No me interrumpas —dijo Gabriel— y vas a ver todo como lo vamos a hacer y entonces dices.

Hubo asentimientos expresados con leves inclinaciones de cabezas y la curiosidad de los que iban a oír se avivó con malsano anhelo de ser convencidos.

—En todo caso se les amarrará algo en la boca para que no chillen, llevaremos paliacates tapándonos de la nariz hasta abajo. No te verán más que a ti cuando toques la puerta, puedes tener confianza en que te cubriremos de toda sospecha de culpa; además yo tengo mis palancas por allí, mis buenas trancas para un caso ofrecido. Donde hay un amigo *reata* nada se pierde. Sólo faltaba que se me atorara la mejor mula. Emeterio sabe y él los irá sacando de remilgos y se convencerán. Piénsenlo sin olvidar que hay que jalar parejo y en la noche nos encontraremos otra vez.

Gabriel y el Ciego se fueron por un lado.

Heliodoro salió solo.

Emeterio y el Güero siguieron todavía allí un poco.

En la noche estuvieron nuevamente juntos. Con breves intervalos de tiempo se agruparon al fin frente al Mercado del Norte.

Se oía el constante pasar precipitado de autos, el ruido de frenos en las paradas bruscas, las voces agudas, chillonas o ásperas de los claxons, la insistente solicitud de pasaje, el constante: *al centro*,

sube, baja, vá pa allá, listo. El murmullo de voces de los agentes de hoteles, choferes, mozos de cuerda a la llegada de los trenes nocturnos. El apremiante repique de teléfonos próximos. Los silbatos de las máquinas y el eco sordo de las trepidaciones. Golpear las botellas y rodar de dados sobre mostradores y mesas. Chocar de copas. Y entre todo esto frases sueltas, interjecciones, risas, cantos, música...

Noche espléndida, noche de sábado llena de saturaciones absurdas de tradición, llena de insinuaciones de jolgorio, desahogos de abulia, desbandeo de tentaciones de aventuras malignas. Noche de sábado de culto eucarístico de los egipcios; noche de refranería castiza: *no hay sábado sin sol, ni moza sin amor, ni vieja sin dolor.* Noche misericordiosa del *shabbat* de los hebreos, de los demonógrafos con los contubernios de diablos, brujas y fantasmas; de la Edad Media con las orgías desenfrenadas prolongándose hasta la hora del canto de los gallos. Perversidad ancestral de sábado, en que se trueca la paz de las almas por los brazos sensuales del vicio y se cae en el seno de los paraísos artificiales edificados por la magia enloquecedora de los narcóticos.

Frente al Mercado del Norte se habían encontrado esta noche de sábado, que iniciaba las noches de abril, Gabriel, Emeterio, Ulloa, Heliodoro y Fernando.

Poco había que hablar: No se recapacitó mucho. Quedaban de acuerdo. Nadie se iría atrás. La fecha estaba fijada; igual la hora, el lugar de reunión, el trabajo asignado a cada uno.

La suerte estaba echada.

VIII

La noche del martes cuatro, víspera del crimen, el auto verde olivo de Ulloa, que acababa de ser sacado del *garage* para el servicio de *jitney* fue detenido, poco antes de las ocho, por dos muchachos en la esquina de la calle Cuauhtémoc y la Avenida Colón. Iba el coche tripulado por un extraño y a éste le preguntaron por el Ciego.

No supo el interpelado dar razón exacta, tampoco conocía el domicilio. Los individuos, que no eran otros que los Montemayor, subieron al carro y dijeron ir rumbo al centro de la población.

El automóvil emprendió la marcha por la Calzada rumbo Oriente, torciendo en la calle de Puebla hacia el Sur, y —icoincidencia inesperada!—, en sentido contrario, por esta misma calle cerca de la de Espinosa, venía Ulloa en otro vehículo.

Advertido el encuentro gritaron:

—Para...

—Pedro, ven acá.

Reuniéronse ahora los tres cambiando algunas frases de entendimiento mutuo.

El Ciego dijo al chofer:

—Le *picas* por la calle Matamoros, a la izquierda.

Poco antes de llegar a su destino agregó Ulloa, encarándose con el chofer y dándole instrucciones:

—Por esta noche no te necesito porque tengo *liebre* y voy a manejar yo. Por aquello de las dudas te vas al “Fénix” y me esperas hasta las once. Si para esa hora no regreso puedes irte a la casa.

Siguieron por Matamoros, dieron vuelta a la derecha, rumbo al Sur y llegaron hasta el expendio de carnes de Gabriel. Éste y Emeterio salieron a poco, trepándose al automóvil y emprendiéndola, en sentido inverso, fueron a apearse junto a una tabernilla inmediata a la vieja estación del Golfo.

—Mañana.

—Sí.

—Muy temprano en pie.

—Tú los recoges, Ciego.

—Ya sabes dónde.

—Sí.

—Emeterio y yo donde te dije.

—Pierde cuidado.

—Ni una palabra más.

Se fueron a la zona roja, al perímetro de tolerancia, para que el tiempo pareciera correr más de prisa, con las celeridades urgentes a sus temperamentos exaltados.

Iban en pos de aturdimiento, a mecerse en los columpios de la embriaguez y la lascivia. A zambullirse en las aguas turbias del sensualismo. A espolear la masculinidad con acicates en subasta.

Entre tanto la población pacífica se entregaba al sueño; bajo las tibias sábanas se metían la moderación, la prudencia, la calma zocarrona, la disciplina sistemática, la ecuanimidad convencional.

Sólo quedaba flotando por allí el excedente poliédrico de los contrastes, la escasa noctambulería abigarrada, de psiquis antitética y múltiple.

La ciudad ignoraba que el sol del otro día, con sus claridades de oro, iba a exhibir el saldo de horror de un crimen monstruoso.

Las víctimas, sentenciadas por la fatalidad, acababan de entregar al sopor del sueño las pocas horas que les quedaban de vida, mientras los homicidas y sus cómplices danzaban, reían libando, besaban con furor como bestias en celo, acallando así los débiles balbuceos de sus conciencias en desbandada en temerosa fuga.

IX

Oscuro todavía se levantó don Delfino la madrugada del miércoles. Al mismo tiempo que él, doña Antonia, su mujer, se dio prisa en ir a la cocina y preparar un poco de café porque sólo unos tragos de éste quería beber su hombre antes de irse a su trabajo.

—No he dormido muy bien —dijo la señora.

Había tenido un sueño inquieto y sobresaltado.

—Cosa igual me pasó a mí —contestó el marido—, pegué y despegué muchas veces los ojos. Es raro, ni me he sentido incómodo ni ha dejado la noche de estar quieta y tranquila.

La hija, al revés que ellos, seguramente descansaba de perlas, porque se veía allí cerca, en su lecho de doncella, con una placidez angélica, inmóvil, como extasiada ante visiones luminosas de un cuento de hadas contemplado en sueños.

Hasta la puerta de la calle fue doña Antonia con don Delfino. ¡Qué ajenos ambos de que no volverían a verse!

Nadie sabe ni en qué lugar, ni a qué hora, ni cómo se verá con los suyos por la última vez.

—Nos veremos.

—Sí, adiós.

Volvió la buena mujer, después de cerrar, hasta el lecho de su hija y la miró largamente, con una mirada piadosa inexplicable, envuelta en sentidos misteriosos de una languidez tierna.

Se entregó en seguida a los primeros menesteres habituales, sin hacer ruido, pisando con pie de gato, para no perturbar el descanso de la muchacha.

Don Delfino, como a diario, emprendió el derrotero de costumbre. Iba hacia el llamado enérgico del deber, al vulgar pero enaltecedor desquite del salario, a continuar en los agitadores vaivenes de la lucha perpetua del vivir.

No alcanzó él a distinguir, ni condujo la mirada por ese rumbo, un automóvil que entre la bruma del amanecer se estacionaba cerca. Los que dentro venían, nuncios de despojo y de sangre, unidades de malignidad, seres ayunos de todo escrúpulo, si lograron verle pasar, despaciosamente, con la cabeza baja, pensativo, alejándose cada instante más y más del lugar donde pronto iba a labrarse su desgracia y a iniciarse la etapa larga de su desolación.

Los abyectos criminales, convencidos de que era la hora propia de la acción, descendieron, dejando allí únicamente al Ciego, siguiendo a pie los otros cuatro hasta la esquina próxima a la casa.

—Nosotros quedamos aquí —dijo Gabriel a Emeterio y a Heliodoro— cubriéndonos con la pared mientras abren. Tú, Güero, a lo tuyo.

Observando con el rabillo del ojo, sin impaciencia, con una sangre fría congelante, se quedaron callados, sin hacer movimiento, mientras Fernando, sigilosamente se llegó hasta el zaguán y llamó como convenía.

Se oyó un leve rechinar de resistencia momentánea de una hoja de madera seca, luego un suave frotamiento de goznes, y, por la ventana, asomó su rostro doña Antonia diciendo:

—¿Quién...? ¡Ah, eres tú! Yo pensé, ¿quién puede ser tan de mañana? Como ya me trajeron la leche. Un momento, voy a abrirte.

Tan pronto como el noble rostro aquel desapareció, oyéndose de golpe la hoja de la ventana que volvía a cerrarse, Gabriel delante y los otros dos detrás, a largos pasos, de puntillas, se adelantaron en un decir *amén* hasta la entrada esperando que esta quedara franca.

Se oyó el ruido de la cerradura al girar la llave y el golpe de la aldaba que, por dentro, cogía una mano para estirar.

—¿Eh?, ¿qué es esto que...?

Así exclamó la atolondrada mujer que esperando ver una faz familiar, un sólo individuo, una entrada natural y respetuosa, se percató instantáneamente de que eran otras gentes, en grupo, que de golpe, bárbaramente, hacían irrupción en su morada.

Había que maniobrar sin demora.

Gabriel, oyendo las primeras palabras de sorpresa y espanto de doña Antonia, para evitar al-

haracas y no comprometer el éxito de la empresa, le dio algunos golpes, rudos, sólidos, en la cara, haciéndola así ir a tierra, con cuyo choque, ya desafiada, saltó por un lado la dentadura postiza y hacia atrás, una de las prendas usuales de su peinado.

—Tú allá, Emeterio —dijo Gabriel apresuradamente.

Heliodoro había entornado la puerta, sin cerrar en absoluto, porque afuera, según el plan previo, quedaba el Güero de vigilancia, observando atento a todo, para echar agua en caso ofrecido.

Emeterio, obedeciendo las instrucciones que acababa de oír de labios de Gabriel, entró a la sala con mucho sigilo, columpiando su figura alargada, que por efecto de un hilo vertical de claridad que penetraba, reflejándose fantásticamente en la pared.

Pronto distinguió, dormida aun, como si un hado benéfico quisiera preservarla de visiones de horror sumergiéndola en un sueño profundo, a la infeliz muchacha.

Mientras la bestia avanzaba hacia su fácil presa, desataba de su cintura un delgado cabestro, un raquíico lazo, que traía allí atado, se lo echaba, colgando en igualdad de extremos, sobre el hombro izquierdo, se llevaba la mano al bolsillo y extraía al tanteo, sin quitar su mirada, sagaz, envolvente, aguda, penetrante, de aquel cuerpo inmóvil, una navaja de barba que abría y frotaba, parsimoniosamente, sobre el muslo.

Dejó caer la navaja al suelo, a un lado de la cama, porque observó en la muchacha un movimiento de desperezamiento, y, con rapidez y bru-

talidad, la empujó a un lado, con el cuerpo sobre uno de los brazos, sujetándole ambos, oprimiéndolos con fuerza y, ayudándose de los dientes, se los ató por la espalda.

La muchacha dio un grito débil, parecía no haber despertado del todo, acaso era una pesadilla y no lograba aún sustraerse del todo a su influencia ensombrecedora.

Emeterio la puso otra vez hacia arriba, como estaba antes, y le echó sobre la cara la sábana, enfundándole la cabeza con fuerte presión de la tela, inhabilitándola así para gritar, porque no quería que viera a Gabriel que llegaba con el cuerpo de la atormentada madre en alto, como enarbolado, y que la echaba a la cama, dejándola caer de golpe, zarandeándola diabólicamente, con gestos de fiereza.

Todavía se enderezó sobre el borde de la cama aquella madre y esposa desventurada, con todo el cabello en desorden, sudorosa, jadeante con el terror y la ira en los ojos desencajados y exclamó:

—¡No me mates, Gabriel, no seas infame...!

Esta frase debió sonar en los oídos de la hija, en aquella misma habitación de crueldad, de salvajismo, de barbarie, como la revelación espantosa de lo que sucedía a pocos pasos de ella.

Gabriel la echó de espaldas de un nuevo golpe, la sujetó con la derecha y esgrimiendo en alto el acerado puñal dijo a Emeterio:

—Hay que acabar de una vez.

Y su mano izquierda —de zurdo— cayó varias veces con encono homicida sobre la garganta de su víctima, despedazando el cuello que se inundó en el cálido torrente de la sangre.

Emeterio, entre tanto, movido por los gérmenes de su morbosidad, invadido por las bruscas acometividades de una lascivia degenerada, sin elementos congénitos de contrafuerte para resultantes de abstención, precipitado por la atmósfera de golphiza, de sacudida, de violencia, de sangre, ciego, bestializado hasta la hipérbole, se había trepado sobre el cuerpo de aquella doncella infeliz, abandonada a todas las furias, y ensayaba, juguete de todas las ruindades, la depravada violación.

Era otra bestia como Hickman, el estuprador y descuartizador, como Horner, el sádico, como...

Gabriel se había quedado ante su víctima, en cruel observación y en asechanza hostil, midiendo el lento y progresivo acabamiento de la vida, y, con lentitud instintiva, se frotaba las manos en una toalla, limpiándose estas de la sangre que las humedecía.

Heliodoro había abierto ya el ropero de la sala, lo había registrado con minuciosidad: halló sólo unos cuantos pesos.

Atraído hacia la puerta que daba a la recámara vio el espectáculo macabro y se encogió todo. Observó a Emeterio en sus intentos de cabalgata y le gritó a Gabriel:

—¡Eh, mira a éste!, ni que estuviera loco, chístale...

Volvió la cara Gabriel.

—Epa, bárbaro; abrevia.

Emeterio vio a todos lados, le habían llevado ventaja; sólo él se había quedado atrás. Se enderezó, se hizo al margen de la cama; se inclinó hacia abajo para recoger del suelo el arma antes caída, y, con agilidad pasmosa, como un maestro en ci-

rugía, en trazo perfecto, de anatomista, separó casi de un sólo corte, la cabeza de aquella virgen desventurada.

El Güero, que no había esperado a que lo llamaran, impaciente, para quien los breves minutos transcurridos se habían dilatado hasta lo inadmisibles, entró al pasillo y de éste a la sala, y, desde allí, se percató de aquel cuadro de horror.

Lo vio Gabriel y adelantándose a él le dijo:

—A lo hecho pecho: así salió.

—¿Qué hubo? —preguntó Emeterio— ¿Qué pasa...?

—Nada —dijo Heliodoro.

Fernando se había quedado mudo, agobiado, víctima de súbito anonadamiento.

Pero todo estaba consumado; todos por igual allí, todos cómplices; en una fraternidad de perversión, de crimen, de responsabilidad, de castigo, de odio.

Volvieron a juramentarse. Si uno caía en manos de los *cuicos*, al *bote*, con los jueces, se dejaría que solo se lo llevara la... desgracia. ¿Qué le buscaban ya? Había que aceptar los hechos. El que chillara no era hombre.

Y mientras se confabulaban en jurar, a lo macho, con firmes acentos de irreductibilidad, entre la vaga transparencia interior, se empezó a oír, con un ritmo débil que metía en los ánimos resonancias consternadoras, el caer continuo de gotas de sangre sobre el pavimento, filtradas a través de las ropas y mantas de los lechos. Era un leve ruido monótono y sobrecogedor. Era como una voz del misterio que traía la muerte como un mensaje indescifrable. Y se mezclaba a este golpear menu-

do, el vago decir, el cuchicheo sordo, el murmullo encogido del habla de los malvados.

Por momentos parecía intensificarse el golpe-teo de las gotas, como el latir fantástico de aquel corazón bajo tierra de las narraciones de Poe.

Las llaves fueron desprendidas de las ropas de doña Antonia y comenzaron Heliodoro y Fernando, limpios de sangre, como hacía falta, para no dejar huella, la búsqueda de los dineros.

—Mira este bruto —dijo Gabriel de pronto refiriéndose a Emeterio— pos no se limpió la sangre en la camisa y en el pantalón. Estás jo...robado.

—Pos no me fijé. Además estoy salpicado; mira; me lleva...

—Ora te vas a pata, con precaución, sacando vueltas donde veas gente, me esperas en la casa... ¡Qué bruto!

—Ya, ya; con que no los *aloque*...

Extraído el dinero se procedió al reparto. No hubo disputas. Estaba este por cantidades iguales, en paquetes idénticos. Una parte la lio Emeterio en su saco con sangre, para transportarla así cubriéndose al mismo tiempo con la carga la sangre de la camisa. Otra parte Gabriel, en dos bolsas grandes que llevaba para el caso y, para lo otro, lo de los Montemayor y el Ciego, se ocurrió en seguida vaciar en un rincón de la cocina un saco de cemento. Emeterio sugirió amarrar el saco con un sobrante del cabestro que ataba las manos de Florinda. De allí cortaron y todo salió a pedir de boca.

El Güero se asomó a la calle.

Nadie. Todo parecía estar en complicidad.

Emeterio fue el primero en salir. Se iba a pie.

De paso le dijo al Ciego:

—Ponte *chango*; ya vienen; todo *al pelo*.

Y se marchó, más que de prisa, escabulléndose, descansando a veces el pesado lío sangriento, al borde de la acera en los breves intervalos de la marcha sobresaltada.

A poco llegaron los demás. Salieron sin tropiezo y en medio de una soledad absoluta.

Sólo se oía el resoplar de la ciudad pujante; el jadeo de las fuerzas dispersas saliendo del reposo; ruidos lejanos, distintos, múltiples.

Las luces de la ciudad se habían apagado cediendo a la claridad suavísima, de polvo de argento, tímidamente acariciada por matices de oro y de rosa.

El disco del sol, como el escudo de un gigantesco Diómedes, no surgía aún.

El automóvil reunió a Gabriel con Emeterio y en seguida sin pérdida de tiempo, para el reparto, para el ocultamiento del cuerpo del delito, con los Montemayor a bordo, la emprendió para Zuazua. En el 1026 de Aramberri, por muchas horas, se quedó inalterable el cuadro gignolesco dibujado por las manos pavorosas de los homicidas. Los cadáveres, con sus rictus trágicos, permanecieron en el regazo frío de la suprema insensibilidad hasta las primeras horas de la tarde en que don Delfino llegó para encontrarse con la visión del derrumbe de todo lo que era su vida.

X

Ni torpe ni perezosa la policía emprendió a raíz del crimen las primeras pesquisas. Por diversos caminos se enderezaron las averiguaciones y la movilidad de los elementos de esta útil organización se ejerció por los sectores más sospechosos obedeciendo a inteligentes disposiciones.

Las huellas buscadas en la casa del crimen no se encontraron. Se llevó adelante una rígida observancia en patios, en bardas, en corrales del vecindario.

Había dudas de lo que pudiera haber contenido una casa deshabitada con fondo colindante a la 1026. Así mismo se hablaba de un individuo que por pocas semanas vivió en la vecindad, habiéndose marchado poco antes, y que tenía traza de haber llegado al país formando en alguna de las dolientes caravanas de repatriados. Se supo que habíase trasladado a Marín. Se le buscó allá pero pronto se desvaneció toda posibilidad de culpa.

Un muchacho de quien se hallaron unas letras, simples frases de afecto, para la hija de doña Antonia, fue sometido a un interrogatorio, estrechándosele a producirse con toda verdad, por si en algún fenómeno pasional pudiera estar el origen de la tragedia.

Por este lado tampoco se aclaró nada.

Se habló de unos albañiles que días antes practicaban en la finca desolada ahora algunas reparaciones.

Resultaron unos corderos misericordiosos.

Nada. No lograba saberse una palabra.

Pero la policía que seguía tenaz en sus empeños, extendió sus radios de orientación, amplió su campo de maniobras.

Los resultados seguían siendo negativos.

Entre tanto la opinión acentuaba su intranquilidad y la atmósfera de reprobación se dilatava desconsideradamente. Parecía quererse, con notoria falta de juicio, que en un intervalo mínimo de tiempo se llegara al conocimiento absoluto de los extraños sucedidos.

Un muchachillo bizco que entregaba la leche del consumo cotidiano había sido examinado.

El anciano que tenía ocho años de encargarse de llevar la comida a don Delfino dijo haberse cansado de llamar ese día a la puerta sin que nadie diera señales de vida.

Así las cosas, se optó por dar oídos a la versión de uno de los agentes policíacos del Ejecutivo y que afirmaba, con acento de seguridad, con la voz resuelta de la convicción, haber descubierto la misma tarde del día del crimen, una huella de sangre, difícilmente perceptible pero indudable, que partía del marco mismo de la puerta de la

casa que fue escenario de los hechos y que iba a parar en un expendio de carnes ubicado a espaldas de la mole de Catedral.

La huella seguía al Oriente de Aramberri, daba vuelta en la esquina, hacia el Sur, volteaba otra vez en la calle de Modesto Arreola, para el Poniente y seguía haciendo zig-zags hasta ir recta por Dr. Coss y perderse frente al expendio de carnes.

Pronto se supo que el expendio pertenecía a Emeterio y a Gabriel.

Había riesgo de que como en la narración de Chesterton la candidez imaginativa, el afán de notoriedad y de éxito, llevaran a dar por criminal, en una nueva plaza de Trafalgar, como en el relato, a un pobre monje, religioso o cosa semejante.

En una aldea de España, de dos pastores que cuidaban distintos rebaños, desapareció una vez uno de ellos. Sólo se encontraron sus ropas abandonadas. De él jamás se supo nada. El otro pastor fue encarcelado, se inició un proceso, se le condenó sin piedad. Catorce años después llegó a su aldea, procedente de América, con algunos ahorros, el prófugo, dado fácilmente por víctima de un crimen. Lo reconoció el anciano fraile del lugar. La noticia cundió. Al infeliz encarcelado se le puso libre, después de media vida de edad púgil, viril, fecunda, desperdiciada en la hediondez de un calabozo, y regresó al cuadro de miseria de su hogar, donde, tres lustros antes, dejó a su mujer y a tres inocentes chiquitines en el desamparo y en la miseria.

Por eso había que irse con pies de plomo.

Ni la policía ni los jueces son infalibles. Las presunciones en apariencia más sólidas se desvanecen de pronto, como un castillo de naipes. Las

circunstancias externas condenatorias son no pocas veces meros peligros, de tenebrosa ironía fatal, para la serenidad enjuiciadora y para las conclusiones dictaminales de la sentencia.

Pero entre tanto había que detener a Gabriel y fue arrestado. No opuso resistencia. Se entregó, al contrario, con gesto confiado. Entendía además que se trataba de una diligencia relacionada con culpas de abigeato.

Pero se practicó en su casa una revisión en espera de hallar indicios delatores.

Como se creyó, sobre la mesa que a golpe de hacha se cortaban las carnes para la venta, apareció un cuchillo, impregnado en manchas de sangre coagulada, y como los ojos inquiridores se fijaran con insistencia en aquello, nadie sabe cómo ni cuándo, se perdió aquello sin verse más por allí.

Alguna mano, de alguien que sabía el enigma que encerraba el puñal, lo ocultó.

Pero lo que no pudo ser sustraído fue un lío de prendas de vestir, de ropa, con salpicaduras rojas, con manchas sangrientas.

—Es sangre de animales —se pretendió explicar. Había que cerciorarse.

Se acordó que las manchas fueran debidamente analizadas. Para ello hubo el tropiezo de una substancia de que en la ciudad se carecía; la precipitina, suero de sangre de conejo que se adquiere inyectando a éste sangre humana, durante un mes, cada tres días en una proporción de cinco centímetros cúbicos. Al mes es sangrado el conejo, en el corazón o en la oreja, y entonces se separa el suero y se ve a que dilusión forma un precipitado con sangre humana.

Se quería proceder para el logro de una absoluta certeza y sin parar mientes en tropiezos, aunque hubiera que esperar varios días, y por ello se encargó la precipitina al norte de los Estados Unidos, se practicó el examen, por químicos insospechables, y el resultado fue positivo al hacerse el experimento por un centímetro cúbico en cinco litros de solución fisiológica.

XI

Gabriel, por la tardanza inevitable para la adquisición de la substancia necesaria al análisis, cumplido un término legal de arresto sin que, dentro de su duración fija, se hubieran hallado méritos suficientes para una formal prisión, fue puesto libre. Se embravucó un poco, claro. Se le había privado de sus ocupaciones. Se había dado lugar a que padeciera su reputación y se le considerara como un criminal vulgar. No había derecho a toda esa saña perversa con un hombre honrado.

Para probar su generosidad se acercó a varios elementos destacados de la autoridad, quejándose dolientemente, y dando ejemplo de espíritu ciudadano al ofrecer sus servicios personales para el esclarecimiento del crimen.

Para el complemento de su psicología criminal tenía que poseer, aunque fuera imperfectamente, el arte del cinismo.

En seguida procuró ponerse en contacto con sus cómplices; había que rendirles el parte detallado, exacto; era menester que conocieran el sesgo que llevaba el asunto.

Se vio con ellos en Zuazua, en viaje rápido, derivado de cualquier pretexto fútil para la natural curiosidad. Se vio con muchos otros, ajenos en absoluto al revuelo sórdido de la culpabilidad. Con frases ágiles, matizadas del sentido de gracia de la jerga corriente, protestaba airado del atropello, de la ligereza del arresto, de la escarmentada que se llevaron sus aprehensores al ver como tenía que ser, que nada se le había probado porque él sería como era, se prestaría a errores de apreciación, pero era gente.

En cambio, en la breve plática con los suyos, con los de la componenda, dio otro giro a la charla.

—Ahí tienen; ¿qué me pasó? Una encerrada sin importancia y a la calle. Yo sé mi cuento. Lo que se necesita es que todos sigan firmes en la cosa y, como el aire a... nomás una arriscada del gorro. El que caiga se muerde los tanates, si la cosa se pone mal se echa solo la culpa y se muere por los otros como los hombres.

Ignoraban que para el día siguiente se iba a tener ya la primera evidencia científica.

No lo esperaban. Ni la menor idea ni asomo de que había medios indefectibles de llegar a la comprobación de que aquellas ropas eran de las de Emeterio, ensangrentadas durante la madrugada del drama.

Por algo Gabriel había querido que se cambiara ropas en el mismo escenario sangriento. Se había quedado allí, vuelto de revés, sin utilizarse a la

postre, un pantalón de don Delfino. Usarlo podía ser una identificación. Ya en el expendio, en el local del negocio. Emeterio había recogido una muda de ropa que guardaba allí, substituyendo con ésta las prendas ensangrentadas. Se pensó en quemarlas, pero era muy fuerte el olor a trapos en llamas. No había mucho tiempo para pensar y se dejaron donde la policía las recogió.

Cuando Gabriel se dio cuenta de que por su casa volvían a presentarse los agentes, se sintió como acorralado; le vino, como un oleaje impetuoso, golpeándole todo el organismo, el copioso caudal íntegro de todas las responsabilidades. No vio ahora la cosa como la primera vez. En la forma misma, resuelta, categórica, de llegar en su busca, comprendió que la tempestad se había desencadenado. Ahora no tenía su faz la expresión confiada. Ahora no se adelantaba complaciente. No. Esta ocasión abrió los brazos, empezó a moverse como en andares de pato, con cierta inclinación hacia adelante, como una fiera que se prepara a embestir, que va a defenderse del acoso.

Pero todo lo que pudo pensar o intentar en ese momento fue inútil.

Todos sus restos de espíritu campesino de agudeza, todo su imperfecto sistema íntimo de ardidés, todos sus juegos de trapisondismo comenzó a ensayarlos.

¿De qué se le acusaba? ¿No se había comprobado hacía poquíssimos días su inocencia? ¿No significaba aquel procedimiento poca seriedad? ¿Qué se pretendía hacer con él?

Las primeras veinticuatro horas las pasó en un separo de la Inspección, vigilado de cerca, rodea-

do de precauciones, con el peso de una incomunicación rígida.

Empezó a sentir miedo, en la soledad oscura de su encierro, en esa paz ignominiosa del cautiverio, en el aislamiento originado por todas las fuerzas de repulsión que rechazan el contacto del malvado; empezó, seguramente, a comprender que acaso el destino adverso acababa por escogerlo a él para la prueba de cumplimiento de la juramentación reciente con sus secuaces y cómplices. El papel que veía corresponderle ahora no ofrecía por ninguna parte aspectos tentadores. No podía ser pábulo a la codicia de nadie. Había jurado callar, no comprometer, no delatar, no traicionar.

La realidad marca con una energía desconcertadora las distancias entre sus dominios y los de la ficción.

Ahora estaba encerrado.

La imaginación, en los cerebros no disciplinados y en las voluntades no cultivadas, no engendra imágenes iguales en la oscuridad y en la luz. La conciencia cambia la melodía de sus voces de la luz plena al radio de las tinieblas. La mente modifica sus grados de potencia generadora de ideas.

Ahora veía Gabriel que no veía, ni sentía, ni pensaba en la mazmorra como bajo las bombillas de luz eléctrica o bañado por las caricias de fuego del sol.

En todo tiempo en menor proporción en estas épocas, que hemos convenido en llamar civilizadas, que en la antigüedad, en las cárceles, en los presidios, existe una mecánica, simple o complicada, para la aplicación de leves o de rudos tormentos. Se han abandonado ya, por crueles, por

bárbaramente inhumanas, las filtraciones de la gota de agua, taladrante y mortal, los tinajos de capacidad individual que quedan como exhibición en el castillo de San Ángel en Roma, las claraboyas de las minúsculas bóvedas como escapes para los subterráneos por donde pasan las aguas turbias de los ríos. Los martirios de índole inquisitorial, los cómicamente anotados por About, los que describe Mirbau están venturosamente en desuso, pero, fiel a la tradición, con menos crueldad, se sigue ejerciendo este sistema despiadado para que la materia torturada deje escapar, por efecto de las flaquezas del dolor, la palabra de confesión, la voz delatora.

Uno de estos deplorables fenómenos de impaciencia para el esclarecimiento, aplicado al prisionero, lo hizo, más que de prisa, *cantar*.

—No, yo no tengo la culpa, puedo probar que soy inocente, pero conozco a los culpables...

—¿Quiénes son ellos?

—Cuatro.

—Nombres...

—...

Y sonaron íntegros, con estremecimientos de cortina que se corre por una mano medrosa, de velo o crespón que sacude el céfiro de la mañana o el viento de la tarde, los otros nombres; Emeterio, Heliodoro, Fernando, Ulloa...

XII

Violentamente se dieron las órdenes para que fueran hechas las aprehensiones del caso. De Emeterio se decía que andaba a la sazón por Marín o Higueiras. Sin norte seguro se fue en busca suya. Se le localizó sin complicadas dificultades. Cuando se vio perdido, cercado, seguro de que comenzaban las veras del castigo, se entregó sin resistencias inútiles.

La forma de exteriorizar la sensación momentánea de caer en manos de sus perseguidores fue lanzando un grito, mejor que un grito, un alarido, una especie de desafío diabólico a las cifras incógnitas de su destino.

Después, ya dentro del carro en que lo transportaban al presidio, apaciguado en una muelle conformidad con los designios de las fuerzas ciegas, comenzó a cantar, cantó todo el camino sus canciones preferidas, llegó cantando, como si tuviera un alma de jilguero.

Por otra parte fue detenido, en la villa de Zuazua, Heliodoro.

Un hermano suyo, que goza justa y merecida fama de honorabilidad en todo el pueblo, al ver que se llevaban a Heliodoro y conocer la responsabilidad que pesaba sobre él, con los ojos húmedos de lágrimas, dijo a uno de los aprehensores:

—Si antes hubiera conocido el delito de mi hermano puede estar seguro de que le habría evitado el trabajo de juzgarlo, castigándolo por mi propia mano, para lavar así la deshonra que echa sobre la familia.

Como si ese día hubiera sido todo congoja, pesares, sufrimientos para esta afligida gente, poco después del arresto, llegaba don Bernardo, el padre de Heliodoro, sudoroso y cansado de su trabajo en la labor, con la preocupación lógica de una mordedura de víbora en el pulgar de la mano derecha. Moviendo unas yerbas en uno de los surcos, escondido allí el reptil, alcanzó a herirlo.

En otro lugar del pueblo detenían a Fernando.

En su casa encontraron un costal de cemento, todavía empolvado, como recién vertido el contenido, dinero, más de setecientos pesos, todo en metálico, un lazo cuyo tejido y cuyos hilos eran iguales al que se encontró ligando por la espalda los brazos de la hija de don Delfino.

A los dos primos los introdujeron en el carro que llevó a la policía y, sin tardanzas entorpecedoras, se les condujo a la ciudad.

Los habitantes de la región no salían de su asombro. Mezclábanse a sensaciones indefinidas de angustia y de zozobra fenómenos de un extraño estupor. Parecía inadmisibile en la realidad lo

sucedido y al mismo tiempo no podía negarse que habían sido encontradas pruebas suficientes.

En los hogares de don Bernardo, de la mujer de Fernando y en el de la señora mamá de éste, el ala del pájaro descomunal de la tragedia volvía a azotar sin piedad paredes y tejados. Insistía en sus revoloteos de fatalidad, como augurando todavía penas mayores, raptos desesperados, acometidas rabiosas.

Dolor punzante e inacabable de los que se quedan en los hogares, sumidos en la amargura de todos los tedios, cuando salen vástagos, seres de los mismos, para todas esas ausencias enloquecedoras, del hospital, del presidio, de la muerte...

Y por otro rumbo, en una vivienda de uno de los barrios más populosos de la población, un agente del servicio de tránsito preguntaba por Pedro Ulloa y le decía:

—Ven: tu carro chocó, está hecho pedazos...

—No —contestó Ulloa— el muchacho que lo lleva es muy seguro.

—Cuando yo te digo...

Salió con él y a poco andar, a corta distancia, esperaban algunos policías para echarle el guante como lo hicieron.

Todos estaban ahora a buen recaudo.

Y comenzó el estira y afloja, el ceder y resistirse, el entregar y escabullir, el confesar a medias y el negar rotundo. Toda esa malla enrevesada y gordiánica de las inquisitivas de los interrogatorios habilidosos, de los ardidés para la captación de las contradicciones fue extendiéndose. Se practicaron los careos, con todos sus recursos falsos pero eficaces, con todos sus ásperos ceñimientos y cer-

cos y copeos de embuste y de razonamiento frío, austero, para el logro de la convicción.

Fernando, de pie sobre el pedruzco impávido de su juramento, entendiendo que a él y a su primo les había cabido la malhadada desfortuna de caer, por no sabía qué artes de suspicacias, echó sobre sí, con candidez elemental, y sobre su pariente, todo el peso de la culpa. Ellos habían matado porque sí, por criminales de conciencia empedernida, por réprobos y salvajes, por naturaleza propia de bestialidad. A nadie había que hacer cargos. Allí debería suspenderse toda otra averiguación. Ellos eran los desalmados: no había más cómplices; que sobre ellos se descargara el peso de la ley.

Pero resultaba en balde todo este desviado gesto de solidaridad macha. El bravo desafío a la justicia de los hombres —en una actitud de estéril cumplimiento de la palabra empeñada a canallas— resultaba de oquis. Ya eran muchos los pasos dados por el camino esclarecedor para que produjera eficacias la tendenciosa actitud de aquella joven energía desviada, de aquel heroísmo absurdo.

Cuando supo pronto cómo habían sido entregados, burlados, traicionados, adquirió el aprendizaje tardío de los frutos del árbol de la cobardía, del sabor de las hieles de la traición, el convencimiento de su confiada inexperiencia una vez más burlada, expuesta en el escaparate de todos los vilipendios.

Ante esta nueva infamia volvió a sentir la ridiculez y el descenso de su vida; el desparalelismo con la ley natural de desenvolvimiento, el declive tenebroso; el fracaso, el despeñamiento en el abismo...

Volvió a recordar, ahora con más viveza, con más ternura, sus últimos proyectos, como resultado de las pláticas solitarias en el pueblo, escapar, huir, ¿a dónde?, a cualquier parte, pero dejarlo todo, renovar la vida, transformarla, castigándose ellos mismos.

Las miradas desconfiadas de muchos los desasosegaban, el continuo oír de comentarios de indignación, el espanto de los mismos familiares se les clavaba como garfio en lo más sensible de la carne.

Soportar un poco todavía, esperar a que los ánimos tuvieran una tregua de calma, a que una leve llovizna de olvido cayera sobre los hechos y, entonces, irse, alejarse, huir, desaparecer.

La conciencia acabaría por callarse ante las realidades de arrepentimiento y de regeneración.

Pero antes de que se cumpliera el término impreciso para la iniciación de este proyecto de nueva vida cayeron a arrestarlos.

Y nació entonces en el muchacho aquel, como fase póstuma de su sistema psicológico, sobre su pequeño universo de ruina, el desprecio para todo, la indiferencia hosca, el desconocerlo todo, la hostilidad gélida. Comenzando esa hostilidad, esa indiferencia y ese desprecio y desconocimiento consigo mismo contra él; se obstinó en negar, en desconocer, en callar, en despreciar.

Lo atormentaron: lo sometieron al cepo: lo ataron bajo la carrucha, del sexo, en la sala de banderas...

Soportó media hora de las torturas impías, inhumanas.

Y siguió despreciando, desconociendo, negando, callando.

—Mátenme mejor, ya no me sirve la vida; hablar, no hablo...

Rebeldía y coraje en el dolor digna de mejor suerte. Energía acusadora de carácter, de varonilidad, de espíritu de excepción desventuradamente malgastada en los torbellinos y vorágines del crimen.

Ulloa sentía el escozor constante de su mujer y de sus niños dejados en un hogar hambriento.

Emeterio, criminal nato, de perfiles monstruosos, gemelo de Gabriel, con un cinismo más audaz que el de éste, sin meterse en honduras, se resignó a que todo topara en lo que fuera, y esperó su suerte.

Acaso entendía, al modo de los árabes, que el hombre traía su destino atado al cuello como una soga.

XIII

Se dictó la formal prisión de los reos. Ya en el establecimiento penitenciario se les internó en las cuatro celdas aisladas que están en la parte baja, frente a la herradura, de dos en dos, en ambos lados del callejón de entrada, transpuestos los dos cancelos. En las de la derecha fueron reclusos Gabriel y Emeterio. En las restantes de la izquierda Heliodoro y Fernando. El Ciego fue llevado al ambulatorio número uno.

Las vigilancias fueron redobladas y en las azoteas se colocaron dos centinelas de vista.

Al vigilante de turno se le encomendó que no despegara el ojo a efecto de tener la certeza de que ningún género de comunicación se establecía entre los presos.

Y comenzaron a seguir, una tras otra, sucediéndose con su regularidad inalterable, con su lastre de tinieblas, noches y más noches.

La expectación del resto de los reclusos cada vez que sacaban de sus celdas a los criminales se despertaba, ávida y tenaz, expresándose por la prisa con que corrían a tropel, a lo largo de los ambulatorios en alto, para asomarse a través de los enrejados de hierro.

Los observaban con una muda curiosidad cuando cada uno de ellos era conducido por dos celadores y los llevaban a declarar por la escalera interna que arranca del corredor del primer patio.

Y allí se quedaban, cuchicheando, en espera de que terminara la diligencia por verles, al regreso, la expresión de las caras.

Pero cuando por la noche oían, hacia el rumbo de las celdas de abajo, el metálico sonar de llaves, el golpe de candados, el ruido de los pesados cancelles, y mezclándose, entre el silencio de la media noche o de las altas horas, el pisoteo de agentes, iba entonces subiendo de grado un murmullo sordo, un como coro de azoramiento, una especie de rezonguillo gutural, que acusaba inquietudes y sospechas en el montón patibulario.

—Ya se los llevan —gritaba alguno por allá.

—Sí —respondía otro— pa'siempre.

Estaba fresco en la memoria el recuerdo de la salida, pocos días antes, de los hermanos Medellín, para una libertad absoluta en los planos ignotos o esferas incógnitas de la Eternidad.

Entonces, en el callejón que circunda el edificio penal, se alborotaban inopinadamente los canes enormes albergados allí, empezando primero por gruñir y, a poco, por atronar el aire con ladridos agudos.

Todo quedaba como dentro de un sobrecogimiento enervador y atosigante. Pero, al cabo de

oírse una, dos, tres veces el “¡Alerta...!” , los ruidos que motivaron augurios de ejecución se repiten.

—No hubo nada —avisa una voz.

—¿Ya llegaron...?

—Sí....

—No le hace; pa’ allá irán...

—Cállate, mula.

—Tu madre.

Y vuelve a reinar el silencio. Y cae el sueño otra vez piadosamente sobre las almas entenebrecidas de todos esos infelices relegados al aislamiento, unos solos, otros, como en el rebaño. Y el sueño los hace olvidar por breve lapso todo aquello en que duele pensar y que, al recordarlo sólo, se siente como una quemadura en carne viva.

XIV

Acababan de transcurrir los días de la Semana Mayor. Se había operado el traslado imaginativo de los espíritus de los fieles a los días en que la antigua Jerusalén se vivió la tragedia de Cristo. Desde los comienzos de la Cuaresma, igual que cada año, a pesar de las transformaciones impuestas por las múltiples formas de confusión actual, de decarreos de espíritu, los ánimos se prepararon para saturarse en las ondas acariciadoras de una reverente beatitud.

Se había cumplido con los oficios; se habían obedecido los ritos.

Pero pocos días después de la recordación de la escena del huerto de los olivos, de la venta de Judas, del juicio de Pilatos, de la flagelación, de la jornada con la cruz auestas, de la crucifixión, de la muerte y el descenso, del entierro y de la resurrección, los ánimos de las gentes de la ciudad, es-

poleados por la renovación de sucesos inherentes al esclarecimiento del crimen de la calle de Aramberry, fueron subiendo de punto en lo atañadero a exaltación.

Ahora estaban ya los culpables en manos de los jueces.

Cumplía al sano juicio moderarse, confiar en la ley y en sus aplicadores, esperar las sentencias.

Pero no sucedía así.

La ola de condenación se dilataba ensanchándose desmesuradamente; la excitación era como un río de caudal hirviente que se destrenzaba en multitud de derivaciones inundadoras de toda la comarca. La exaltación era como una hoguera que consumía todo con voracidad incontenible.

Resultaba de sobra el que, muy poco antes, se hubiera recordado que Cristo se sacrificó por la humanidad; por la humanidad que no era un hombre, una condición, una casta, un sexo, una raza, sino toda la muchedumbre enorme, diversísima, que se mueve, víctima de todas las debilidades y juguete de todas las pasiones por todos los ámbitos. No valía que se pensara, por efecto de la reciente veneración, en que vino a morir en medio de dos ladrones y que a uno de ellos le había dicho piadosamente: “Mañana estarás conmigo en el paraíso”.

No: un trozo de esa humanidad poliédrica, viviendo en el seno de lucha de esta ciudad, no quería pensar en piedades, ni discernir culpas, ni valorizar responsabilidades. Como si de improviso se convirtiera en una especie de vestiglo, en una bestia apocalíptica, hinchados los belfos, abriendo un hocico descomunal, enseñando los enormes

dientes impregnados de una baba de furia, quería sangre, la sangre de los delincuentes.

Era como si la multitud oyera voces de las víctimas inocentes viniendo de las regiones de lo desconocido demandando castigo. Y esas voces le sonaban acaso más fuertes a la muchedumbre que otras voces, de inocentes también, formando parte de la humanidad doliente del instante: las mujeres, los hermanos, los niños, las madres de los ajusticiados.

Había que dejar tiempo a que la ley cumpliera su función. La justicia no debía ser precipitada. Sus plazos y funciones están por encima de los alaridos del monstruo.

¿Correspondería a todos igual castigo?

¿Existía la misma proporción de responsabilidades?

¿Quién debía resolver esto? ¿La ley o la exaltación? ¿La multitud o los jueces?

El poderoso organismo de la masa sublevada de ira recóndita quería hartarse de sangre. Nueva Medusa de múltiples cabellos convertidos en áspides, se diría que, mañana a mañana, asomaba sus infinitos ojos envenenados por los pequeños postigos de las celdas de los reos y, al verlos aún allí, heridos por el insomnio o en el regazo de un sueño inquieto rugía: ¿Hasta cuándo? ¿A qué esperan? ¿Por qué no los matan?

Y en esta exigencia iba involucrada una demanda tácita y elaboradora de verdugos.

No estaba igual amenazado de una muerte cierta el náufrago, asido a una tabla flotante, sobre la movediza superficie del mar, ni el peregrino en mitad del quemante desierto, ni un nuevo hijo de Agar abandonado en lo más espeso de un bosque,

que los asesinos y cómplices en los rincones de sus pocilgas de cautiverio.

Como un engendro deshumanizado seguía la multitud sacudiéndose en estremecimientos desesperados.

Sangre, gritaba, sangre.

¿Habría que dársela?

Quizás se pensó en el cuento del labriego que con listeza campesina, llevando en brazos dos liebres y siendo acometido por una jauría ansiosa de bocado tan rico, resolvió salomónicamente el conflicto, soltando una sola de sus dos liebres con lo que los mastines huyeron, para disputarse la veloz presa, dejándolo libre.

No pensaba aquella multitud en que caerían sobre los espíritus conturbados de sus componentes las aguas refrescantes de la serenidad y que, entonces, la voz prudente de la razón se tornaría en acusadora; en que la conciencia moral de cada quien formularía cargos de complicidad, en que no es de prisa como se va mejor por ningún camino y, mucho menos, por el escabroso de los juicios y de las sentencias para los actos de los hombres.

¿Quién ha investigado a nadie de infalibilidad?

¿Quién erige en juez al griterío de la calle?

En el grupo de responsables había dos fisiológicamente predestinados al crimen, calificados de asesinos, incapacitados para toda enmienda, al margen de toda regeneración, pero, ¿los otros.....? ¿Hasta dónde debería en olor de justicia alcanzarles el castigo? ¿Qué índole de sanción correspondía?

Peró la chusma rugía, y temblaban los jueces, y por otras esferas se difundía la medrosidad ha-

ciendo vacilar los entendimientos y sometiendo a prueba los caracteres sin pensar en que la sangre quema, grita, ruge, y esquivando el *más allá*, se trueca a veces en lluvia de jugos vengadores.

Sólo surgía, dueña ejemplar de los más valiosos tesoros de piedad, bajo la tormenta, la figura de don Delfino, ennoblecida por el dolor; él no pedía nada; resignado bajo la mirada de Dios esperaba se siguiera el lógico proceso de los trámites: que se abriera camino a pesar de todos los embrollos; él no injuriaba, no hacía cargos; se erguía sereno, estoico, ecuánime sobre las lágrimas, entre todas las visiones del horror, sobre los destrozos de su dicha.

La multitud seguía moviéndose, revolviéndose, dejándose llevar por el instinto, menoscabando la razón, obedeciendo la voz de la ira y los dictados del rencor y del miedo en lugar de esperar, sumisa y confiada, la otra voz, la de la ley, expresión inflexible de la justicia, pero no, quería el castigo inmediato, brutal, horrendo, trágico: sangre, tenía que ser eso; sangre mucha sangre.

Y....

XV

Comenzaron a sonar las primeras horas del viernes 28 de abril. La ciudad dormía, abandonada, laxa. Briznas vernaes, ráfagas de hálito suave y tibio, en lomos de las tinieblas, recogían las primeras resonancias de misterio por el rumbo donde viven sus miserias de reclusión los presidiarios.

Sensaciones extrañas comenzaron a envolver el lúgubre recinto.

Se oyó una vez más, inquietador, el crujir de cancelas, el golpetear de llaves, el chirriar pesado de goznes, y, secos, mezclados a voces apagadas, golpes de pasos, taconeo rudo.

Los perros aullaban en el angosto y profundo callejón. Por allá, por los ambulatorios, se percibió el removerse de cuerpos, el ansioso untarse a las puertas, el vigilar angustioso con las respiraciones contenidas, en espera de percatarse de

indicios ciertos, de confirmarse en las sospechas.

—Ora sí va de veras —gruñó uno.

Varios siseos impusieron el silencio.

—Dejen oír —sugirió alguien.

Se escuchaban algunas voces imprecisas, apagadas, como de resistencia.

Los perros seguían insistentemente aullando en el callejón, con esa quejumbre de características peculiaridades que los abusioneros interpretan como anuncio de muerte.

—Ya se los llevaron.

—Esos no vuelven

Y la prisión se sumergió otra vez en su habitual recogimiento nocturno.

Afuera, entre tanto, sin brusquedad, procurando llevar la persuasión de una absoluta garantía de sus vidas hasta la desconfiada inquietud de los reos, se procedió a irlos introduciendo en varios carros que los llevarían rumbo a Zuazua, y a efecto de que los Montemayor y el Ciego precisaran el sitio donde se hizo el reparto del dinero.

—Entonces, ¿a qué vamos nosotros? —interrogó Emeterio por Gabriel y por él.

—Nos la van a jugar —dijo Gabriel.

La calle se veía solitaria. Igual que la otra que viene de la región del borto a desembocar sobre la amarillenta mole del presidio.

Se explicó una vez más en pocas palabras el carácter de las diligencias que iban a practicarse.

—¿Por qué tan temprano? —preguntó desconfiado Ulloa.

Se les hizo saber que así quería evitarse toda aglomeración y no dar lugar a que los montones de curiosos quisieran echarse sobre ellos.

Fernando lanzó una mirada de desprecio a Gabriel exclamando:

—Toda la culpa la tiene este *jijo* de...; me la pintaron muy fácil y por eso me enredé; si hubiera tenido donde ganarme al menos seis reales diarios, no me hubiera metido en ningún lío; pero *ora* ya está; no hay más que aguantar lo que venga y a colgar el pico *pa* siempre.

Heliodoro estaba como enraizado al piso, inmóvil, pálido, receloso.

—Bueno, vamos suban —dijo uno de los agentes—, hay que ganar tiempo y regresar temprano. Son las órdenes; no hay remedio, arriba.

Emeterio había pedido un trago. Se le consiguió una botella de cuarto de litro con mezcal y, gorgoroteando, de un sólo trago largo, ávido, absorbió el contenido diciendo en seguida:

—Ahora sí; arriba, todo me importa una pura...; vente Gabriel, vamos a ver en qué topa todo...

Y salió el primer carro con los dos asesinos, y un segundo automóvil con Heliodoro y Fernando, y otro más con el Ciego. Y se inició la caravana mustia, por un camino que esta vez se ofrecía poblado de inseguridades que salpicaba de incógnitas la marcha. Era una peregrinación de silencio, de mutismo inquietante, de sobresalto atormentador. Sólo de vez en vez alguna voz, que mal hallaba respuesta, o a la que se eludía contestar, sonaba en el carro último, en el de adelante, en el de en medio.

Los reos presentían su cercano acabamiento con esa penetración mental y esa viveza de espíritu que prodigan los trances máximos de prueba, de peligro, de ajusticiamiento o de sacrificio.

Después de darse cuenta de que hay mucho en que pensar en la última hora, pero que sucede como si el mundo viniera encima, atolondrado, anonadado, sin dejar pensar en nada, surge al cabo, con rapidez de sonido o de luz, el instante deslumbrador de claridades reveladoras en que se abarca el propio universo en el volumen transparente y minúsculo de una lágrima y se entrega el alma íntegra; la vida entera, con todas sus complicaciones, en el lánguido desfallecimiento de un suspiro.

Y fue por eso el largo trayecto engañosamente aliviador.

Vivieron, en breve lapso, en el correr de vértigo, azotados por el viento sugeridor, saturados por las emanaciones aromáticas del campo, sus ruinas, sus despeñamientos, sus ímpetus, sus flaquezas, sus bríos.

Sintieron renacer para un cortísimo intervalo de regresión espléndido, como envueltos en transparencias luminosas, sus etapas olvidadas de ingenuidad y de niñez.

Fueron dando zancadas sobre la cordillera episdica de todo el ayer envuelto ahora en bruma de crimen y en cendales de muerte.

El Ciego, enternecido, llevaba las pupilas, bajo los cristales de las grandes gafas, humedecidas por las lágrimas pesadas, quemantes.

Gabriel, al lado de Emeterio, tenía de vez en vez sacudimientos nerviosos, especie de estremecimientos que se hacían más continuados, casi estados temperamentales permanentes, mientras el otro como un desalmado, se ponía a cantar, soltaba algunos alaridos, o comentaba al oído del

compañero, o en voz alta, encarándose con sus custodios.

—No más me pesa irme al otro barrio dejando tanta vieja de pura canela que no más están esperando que les hagan el agravio.

En eso los automóviles dejaron la carretera y entraron hacia la derecha, sobre el camino real que lleva a Zuazua.

Fernando y Heliodoro que habían venido cabizbajos, silenciosos, conformes con el destino que no ignoraban iba a cumplirse de modo inexorable sobre ellos, alzaron las caras, en rigidez marmórea, escultórica, y se quedaron con los ojos fijos a través del parabrisas, hurgando el horizonte lleno de dádivas de emoción, que se acababa para ellos.

Sus gentes dormían en esos instantes ignorando que dos de sus vástagos iban al matadero, al último refugio del precipicio por donde se habían despeñado.

Y seguían con los ojos clavados en el rumbo del pueblo, como en trance de hipnosis; viendo de fijo desfilar, como apariciones fantásticas ante sus pupilas atónitas, las imágenes y los rostros amados que, ¿sería cierto?, no verían jamás.

Súbitamente se pararon los carros. Estaban en la iniciación de la curva en declive del camino, a la diestra de la Loma de la Cruz, con la visión del cementerio aldeorreño del lado opuesto. Entre la loma y el panteón, a poco más de dos centenares de pasos, se iniciaba el callejón de entrada al pueblo.

—Abajo.

—¿Qué?

—¿Aquí?

—Sí.

El laconismo revelador se aplanó como una loza sobre las espaldas de los reos.

Comenzaban a tomarse las primeras providencias para la diligencia. Se esperaba el arribo de...

Pero... ¿Qué sucedía...?

¿Qué intento habíase urdido y para qué género de fines?

En lo alto de la loma cortada se habían distinguido, moviéndose indistintamente, algunas sombras sospechosas.

¿Serían secuaces de los criminales que con toda osadía se aventuraran a rescatarlos?

Lo que sí era un signo siniestro tradicional, urdido artificiosamente en los relatos y esta vez allí, de verdad como imagen de pavor, un enorme búho, acurrucado sobre las alas de la noche en lo alto del cerro sobre uno de los brazos de la cruz, lanzando sus agoreríos indescifrables.

Se dijo que algunos disparos habíanse hecho desde arriba. Se agregó que al mismo tiempo intentó Ulloa escapar y algunas balas certeras lo alcanzaron por la espalda y el cráneo.

Hubo un momento de confusión indómita.

Un labriego que venía con unas vacas se detuvo a corta distancia, tras el alambrado de la cerca, protegiéndose con el tronco de un árbol y, como el viejo sepulturero y su hijo, detrás del tapial del Campo Santo, vio caer, sobre un pequeño bordo, de no más de dos pies de altura, al margen izquierdo del camino, a Fernando y a Heliodoro, juntos, boca abajo con las carnes taladradas y perforados los cráneos. Y, frente a ellos para quedar tirados en el extremo opuesto del camino cayeron

los cuerpos encontrados, de Emeterio y Gabriel, bañándose en sangre que manaba cálida, abundante, diluyéndose en el enigma de las metamorfosis.

Cesó el fuego.

Se oían los estertores últimos.

El búho abrió las oscuras alas y emprendió el pesado vuelo, llevando en su ululeo estridente su mensaje de sangre por los campos.

La vida se defendía aún en estériles acometidas.

Uno, dos, varios disparos más y, a poco, invisible, sin ruido, hambrienta, voraz... la Muerte.

Una lectura crítica a *El crimen de la calle de Aramberri* de Eusebio de la Cueva

Por Hugo Valdés

Uno de los acontecimientos que más impactaron a la ciudad de Monterrey, Nuevo León, en las primeras décadas del siglo XX fue sin duda el doble asesinato de la calle Aramberri, ocurrido la mañana del 5 de abril de 1933. Aquella tragedia en la que fueron masacradas Antonia Lozano y Florinda Montemayor, madre e hija, respectivamente, decidiría a Eusebio de la Cueva, un escritor nacido en el municipio de Cerralvo en 1893, acometer la empresa de novelarla para adentrar a los lectores del terruño en los pormenores de un suceso cuyo fragor hórrido permanecía aún en el aire. Ignoro si De la Cueva consideró que ese estrépito continuaría resonando décadas después en la conciencia colectiva de los

regiomontanos, muestra de que se trató de algo más complejo que un mero acto brutal en contra de dos mujeres indefensas. El caso es que se hallaba frente a una historia en toda forma a la que sólo le faltaba poner orden y estructura y llenar comedidamente los huecos de la versión pública: esto es, imaginarla, dándoles voz, sustento psicológico y acciones significativas a victimarios y víctimas en el proceso de la preparación de aquel acto delictivo motivado por la codicia —la familia Montemayor Lozano poseía varios miles de pesos en metálico en casa por desconfianza hacia las instituciones bancarias— que derivó en un crimen espantoso que rebasaba la tolerancia al horror de la ciudad en ese tiempo.

No se necesita de gran suspicacia para asentar que De la Cueva dispuso del material a la vista: las declaraciones de los presuntos sospechosos y de Delfino Montemayor, familiar sobreviviente de las víctimas, gracias a la prensa y, si se esforzó un poco más, acudiendo a las fojas del expediente judicial y entrevistando al círculo cercano de los involucrados en el hecho. Asimismo, debió ponerse a pensar sus personajes desde el momento en que se comprometió a narrar aquel crimen: hacia finales del mismo mes en que se cometió, podían leerse en el periódico *El Porvenir* notas que publicaban la inminente aparición de la novela.

El resto habría de recaer en su capacidad como escritor, en su bagaje como lector —conocía algunos de los relatos de Edgar Allan Poe, según contestó en entrevista, así como también los de otros autores, como se advertirá en la *nouvelle*— y, sobre todo, en la manera en que abordaría el tema,

desde que se urdió para robar a la familia Montemayor Lozano, hasta que los asesinos fueron, a su vez, ejecutados por las autoridades a instancias de una sociedad no menos bárbara que los propios criminales.

El acercamiento al entorno de familiares de victimarios y víctimas puede en efecto constatarse al saber cierta información de Heliodoro, como los nombres de sus padres; o el del padre, ya difunto, de Fernando y el de la joven esposa de éste. Asimismo, por detalles muy específicos como saber que quien entregaba la leche en el hogar de los Montemayor era “un muchachillo bizco”; o la forma en que Fernando fue torturado en la penitenciaría, cuyos métodos y espacios parecía conocer bien nuestro escritor, a más del servicio de *jitney* que ofrecían los automóviles de alquiler, siguiendo una ruta fija a precio moderado, y locuciones comunes entonces como “¿Va pa’ allá?”, que era la contraseña para solicitar a los taxistas un viaje a la zona roja, dato que omite.

Sin embargo, quien haya investigado también el tema dudará en no pocos momentos del celo documental de De la Cueva: por ejemplo, la parte en la que narra el velatorio de las víctimas y ubica a la madre de Fernando Montemayor presentándose en el 1026 de la calle Aramberry y a aquél acompañándola y aguardando fuera de casa, algo que no ocurrió ni podía ocurrir por simple cuestión de sentido común. Incluso queda la sensación de que tampoco abrevó minuciosamente en la prensa por describir a Fernando como alguien que pudiera moverse a voluntad en automóvil: lo sitúa acompañando a su mamá desde Zuazua a

Monterrey y luego de aquí al pueblo, sin referirse propiamente a un vehículo que los traslade, como un autobús colectivo, por ejemplo, pero arraiga la idea de que Fernando dirige el trayecto, cuando no poseía más que una carreta de tracción animal que sólo circulaba en el pueblo. Por lo demás, el autor desconocía el nombre correcto de la mujer.

No es este desencuentro entre los hechos y el trabajo final —el que ahora reedita la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) para que los lectores del siglo XXI conozcan esta primera versión de aquel episodio infame— lo que podría hacer cuestionar algunas de las aportaciones de *De la Cueva a la literatura nativa*, pues a fin de cuentas su cometido era escribir una novela y podía disponer de cuanto tenía a la mano y someterlo a sus propias reglas, sino cómo recrea ese rico segmento de espacio-tiempo.

Su manera de escribir contribuye a marcar una notable distancia —y asentar un dejo de superioridad moral— respecto a la ciudad que novela, como si no viviese siquiera en ella y sólo avistara un escaparate de parias desde la posición del entomólogo social. Además de la intromisión constante del narrador con reflexiones y señalamientos, *De la Cueva* califica y juzga a sus personajes en todo momento. De esta forma se asume como un literato que engola la voz y no titubea en ostentar su cultura, despreciando la voz de la calle y el argot periodístico, y a cambio se abandona a frases involuntariamente humorísticas —cuando Delfino Montemayor avista la escena sangrienta, leemos: “Era evidente que se trataba de un crimen”— o que describen acciones improbables o inverosímiles.

Comparto estos asertos basándome en las peculiaridades de la prosa de De la Cueva: sobreadjetivada, reiterativa, con frases recargadas, a ratos confusas o de plano ilegibles, que pudo resolver empleando expresiones directas, sin mayores pretensiones. Tremendista hasta rozar la truculencia, esta escritura que abreva sin rubor en las referencias helénicas se cuida del uso de las “malas palabras”, indicándolas sólo con la letra inicial; y tal como lo hacían algunos autores del siglo XIX, los modismos y todo cuanto no esté consignado en el diccionario los escribirá en cursivas. En contraste con este afán purista, echará mano de un sinfín de palabras que escribe como si las deformara a propósito: dictaminales, embravucó, gordiánica, desparalelismo, varonilidad, medrosidad, agore-ríos, aldeorreño, ululeo, entenebrecimiento, aglomeramientos, refranería, desbandeo, ancestrosa, noctambulería, trapisonatismo.

Pareciera, en resumen, que De la Cueva imaginó en esta novela a sus coterráneos según se lo enseñaron sus autores formativos, no como los hubiera pensado él mismo. El filtro de la cultura lo lleva a hablar del culto a Birján; citar a Bocaccio; comparar el sol con “el escudo de un gigantesco Diómedes [*sic*]”; llamar a los carniceros Gabriel y Emeterio “el Cástor y Pólux del crimen” o “el Aquiles y el Patroclo de la ignominia”. Este imperativo lo hará prodigar citas literarias a destiempo o elaborar largas digresiones —la referencia a una narración de Chesterton para asentar que la investigación debía realizarse “con pies de plomo” a fin de no inculpar a inocentes— y, aún más, abordar el doble crimen de Aramberri y las homici-

dios recientes —que enlista sucintamente— apoyándose en menciones a asesinatos ocurridos en otras partes y años atrás, desde uno del camino a Toluca fechado en 1922, hasta “el de la calle Bismarckstrasse, en Colonia”.

Al cabo, De la Cueva aventuró cómo debió ser el crimen de las dos mujeres describiendo detalles concretos y acertados que alternan con su obstinación de calificar a los carniceros valiéndose de las teorías lombrosianas, hoy felizmente superadas: “En el grupo de responsables había dos fisiológicamente destinados al crimen”; “Emeterio, criminal nato, de perfiles monstruosos”. La “depravada violación” de Florinda no escapa a la cita informada: el referido Emeterio, “bestializado hasta la hipérbole”, “era otra bestia como Hickman, el estuprador y descuartizador, como Horner, el sádico”, etcétera.

Y si bien la ejecución de los criminales se antoja abstracta, un punto a favor de De la Cueva es cómo insiste en que fue la ciudad la que decidió la suerte de aquéllos. Con evidente malicia espiga algo de las versiones oficiales, en el sentido de que un grupo armado quiso rescatar a los detenidos, pero desvaneciendo de inmediato aquella patraña que la prensa y el expediente judicial consignaron como un hecho. El escritor le toma bien el pulso a la voz colectiva, consciente de que la historia debía concluir con el ajusticiamiento de los cinco implicados en el crimen sin que nadie osara interponerse. Refuerza la escena final la presencia de un búho que sólo se mueve de su lugar, un brazo de la cruz de la loma, hasta que los hombres son abatidos en el municipio de Zuazua. Además

de aquel heraldo de la muerte, De la Cueva privilegia a un rancharo y al sepulturero y su hijo como espectadores del desenlace, hayan o no estado realmente en aquel sitio. La novela se asume como tal —como, siendo justos, ocurrió desde el principio, cuando entre otras libertades que se arroga le atribuye a Delfino la capacidad de presagiar su tragedia—, a despecho de cualquier prurito de verismo o hambre de certeza basada en testimonios.

Tal fue pues la visión que pudo articular Eusebio de la Cueva para plasmarla en este pequeño libro publicado unas semanas después del suceso que lo inspiró, como si buena parte de sus páginas la hubiese escrito mientras el caso judicial se desarrollaba, y acaso con la encomienda de facturar algo muy distinto a los reportajes de esos días —dos de ellos firmados por el reportero José Manuel Plowels, dueño de una pluma poderosa e incisiva—, lo que explicaría también su desinterés en potenciar el dramatismo de interrogatorios y careos, a los que apenas alude con la previsión de que el lector estaría ya familiarizado con ellos. Una visión incompleta dada la cercanía del autor con el tema, es cierto, pero la única que sobrevive de esa época y que, bien o mal, fue ideada por un oficiante de la literatura con poemarios, piezas teatrales, novelas y libros de viaje en su haber.

Índice

Nota introductoria	9
I	11
II	17
III	23
IV	27
V	33
VI	41
VII	49
VIII	57
IX	59
X	69
XI	75
XII	81
XIII	87
XIV	91
XV	97
Una lectura crítica a	
<i>El crimen de la calle de Aramberry</i>	
de Eusebio de la Cueva	
Por Hugo Valdés	103

El crimen de la calle de Aramberri de Eusebio de la Cueva, se terminó de imprimir en septiembre de 2016, en los talleres de Monterrey Arte Gráfico. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto Puente. Formación editorial de Emanuel García.



El crimen de la calle de Aramberri

Eusebio de la Cueva

El crimen de la calle de Aramberri, de Eusebio de la Cueva, es uno de los textos clásicos de la literatura regiomontana. Entre ficción y crónica periodística, la novela fue escrita y publicada en mayo de 1933, a sólo un mes de haberse cometido el crimen que la inspira. Eusebio de la Cueva, escritor y periodista, se une a la conmoción de la sociedad regiomontana de aquel tiempo, y ante el horror de los asesinatos de la señora Antonia Lozano y su hija Florinda Montemayor, perpetrados el cinco de abril de 1933, ve la oportunidad que le da la práctica de su oficio y escribe su versión de los hechos, con referencias de primera mano. El resultado es esta novela negra breve en donde el autor trata de darle un sentido al crimen, explicar los motivos de los asesinos, y al mismo tiempo, muestra a los personajes determinados desde el principio por un hálito de tragedia. También aprovecha para elaborar una estampa de la época, sobre todo de las clases trabajadoras. El primer cuadro de la ciudad aparece como el centro de la vida y de la muerte en un Monterrey que hasta el día del crimen se jactaba de tener todo en orden.

ISBN 978-607-27-0670-5



9 786072 706705



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL